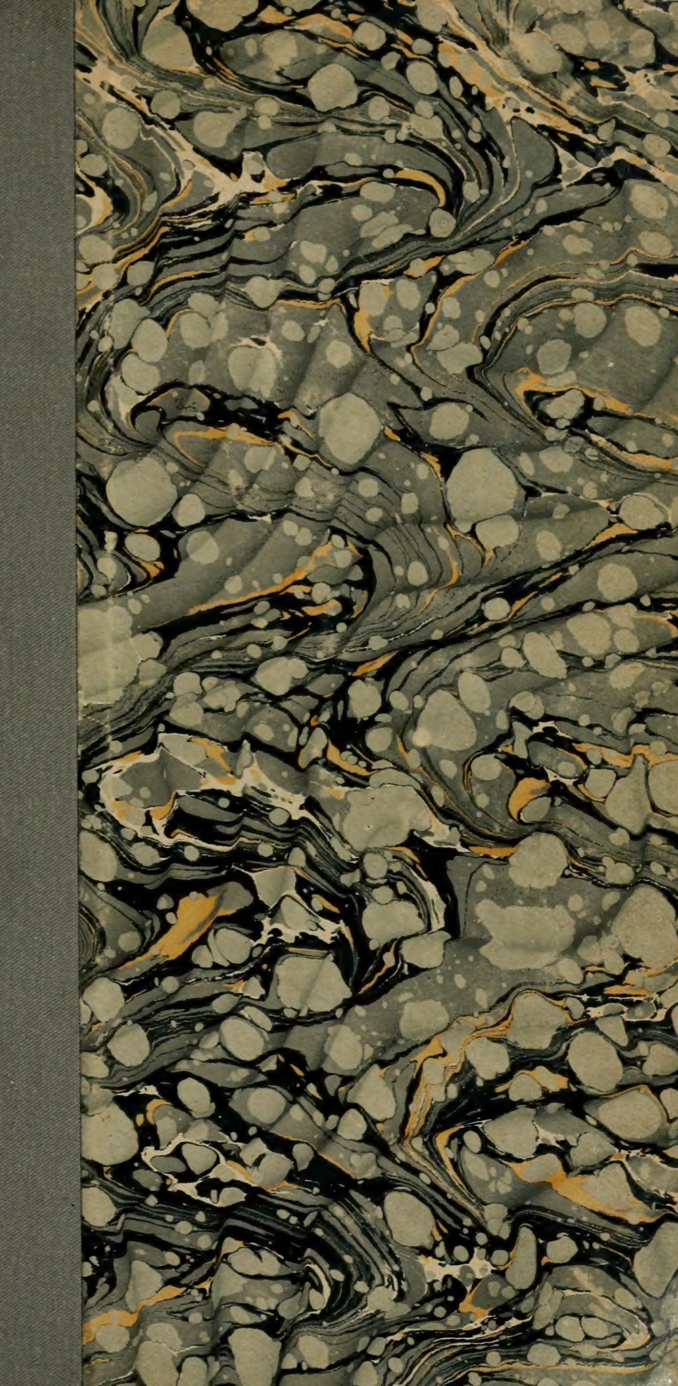




MANUEL MACHADO

LA GUERRA LITERARIA

(1898-1914)

MADRID, MCMXIV

LA GUERRA LITERARIA

(1898-1914)

OBRAS DEL AUTOR

POESÍAS

Alma.
Caprichos. (Segunda edición.)
Alma, Museo y los Cantares.
La Fiesta Nacional.
El Mal Poema.
Apolo, Teatro Pictórico.
Cante Hondo.

NOVELA

El Amor y la Muerte

TRADUCCIONES

P. VERLAINE.—*Las Fiestas Galantes.*
J. F. SCHILLER.—*Los Bandidos.* (En colaboración.)
VICTOR HUGO.—*Hernani.* (En colaboración.)
ED. ROSTAND.— *El Aguilucho.* (En colaboración.)

EN PRENSA

Canciones y *Dedicatorias.* (Poesías.)

EN REPARACIÓN

Horas de oro. (Poesías.)

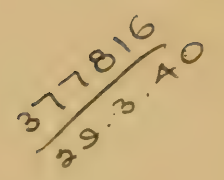
TEATRO

Villamediana.
El Poema del Cid.

MANUEL MACHADO

LA GUERRA LITERARIA

(1898-1914)



MADRID
IMPRENTA HISPANO-ALEMANA
Gonzalo de Córdova, 22, Tel. 4.610
1913

DEDICATORIA

Al poeta insigne, al maestro de maestros-escritores **Alfredo Vicenti.**

Con el gran afecto y la mayor admiración de su devotísimo

Manuel Machado

PRÓLOGO

La mano ávida de un editor ha pasado por mi mesa de trabajo y llevádose todos los papeles escritos... y algunos en blanco. O bien un vendabal los arrebató depositándolos luego — milagros de la fuerza—en un montón que parece un libro... Y, sin embargo, nada de esto. En el espíritu de un hombre, y más si éste hombre es un escritor, pueden darse juntos (ó separados) todos los matices. Y la vida se parece más á un libro así, invertebrado, que á una novela correctamente planeada y escrita.

Yo soy muy dueño de divagar á mi antojo. O mejor, yo no soy muy dueño de no divagar. Y divago. Es decir, escribo sobre esto y aquello lo que buenamente se me ocurre. Lo que no hay es la obligación de leer.

Y sin embargo, mi ingenua sinceridad, tiene el interés de mostrar los estados de mi espíritu enfrente de las cosas de la vida y del arte sin la preocupación de hacer una obra literaria.

Tal vez incurro en el pecado de trivialidad vertiendo aquí impresiones sin substancia, ó á propósito de cosas banales. Es decir, que tal vez hablo de cosas que no importan, ó bien, lo que yo hablo de ellas no tiene importancia. Bueno, pues, con todo, más lógico me parece esto que ponerse *á hacer* un libro.

Decir buenamente lo que se piensa ó se siente de las cosas, es para ciertos temperamentos una necesidad. Proponerse escribir un tomo me parece, por lo menos, una cosa superflua, una chifladura que puede no ser nociva, y hasta producir en determinados casos una obra de arte, pero que en el fondo no deja de ser una extravagancia,

Me pasa con la *literatura* (en ese sentido) lo mismo que con la oratoria. No dejo de admirar á nuestros elocuentes retóricos; pero no concibo cómo para decir algo sea posible hablar tanto.

Todo esto, no para justificar lo desarticulado y heterogéneo del presente volumen, sino para salir al paso á los críticos de buena fe que lo encontrarán falto de unidad y de responder á su título...

La guerra literaria cuadra solo llamar á mis conferencias sobre el Modernismo, dadas por cuenta y encargo del Ministerio de Instrucción Pública. Lo demás son cosas que yo he ido vien-

do, pensando, leyendo... Y las he puesto aquí como las pude poner aparte, porque no creo que con esto ocurra nada grave.

De otra cosa se me tildará. De contradecirme con frecuencia. Y ya de eso no puedo defenderme fácilmente. Pero declaro, en cambio, que no me da pizca de vergüenza de mis contradicciones. De sabios es mudar de consejo, de hombres el equivocarse, de honrados reconocerlo. Además eso de pensar siempre lo mismo me parece contra todo lo natural y de una pobreza de espíritu extremadísima. La consecuencia es una virtud negativa. ¡Siendo tan mudable la vida! Desde niño me hizo reir, en boca de un orador de mitin, aquello de:

«Lo dije el año sesenta y lo repito hoy»...

Luego no se te ha ocurrido otra cosa de entonces acá.

Además este era un revolucionario, á quien todo lo nuevo le parecía nefando. Y, sobre todo, no concebía más revolución que la suya. Muchos liberalazos y aun republicanos conozco como aquel, que, después de tomarle á Francia las cuatro ideas que tienen en la cabeza no conciben que se traiga ya nada más de allí. Ni los sombreros de señora. Son consecuentes sin embargo, con las novedades... de hace cincuenta años.

Pero vamos á lo de mis contradicciones, que ahora mismo se me está ocurriendo cómo responder al supuesto cargo. En el fondo yo soy también consecuente con mi carácter... que es variable. De modo que si no me contradijese estaría en contradicción conmigo mismo. Y ya hay para todos los gustos.

Se me dirá también... ¿Se me dirá?... ¡Galicismo! En efecto—aunque los que suelen hablar de galicismo no suelen saber francés—yo cometo muchos. No me pago de purista, ni comprendo cómo hay quien se entretiene en eso, fuera de la Academia Española, que tiene la obligación, y el gran Mariano de Cávia, que tiene el capricho. Con todo mi respeto á la Academia y mi devoción al maestro Cávia seguiré cometiendo galicismos siempre que me acomode para ser más expresivo y claro, es decir, siempre que me encuentre con que la expresión española está gastada y vieja, y no responde ya al matiz actual de una cosa ó de una idea. Los que han dejado morir medio idioma castellano por ignorancia del cultivo de sus raíces y por el miedo de remozarlo con savia de lo popular y lo cosmopolita, no me harán perder el tiempo en desenterrarles sus muertos agarbanzados.

Todavía, finalmente, me dirán otra cosa. Y

es que, si á mí no me importa la literatura, ni el casticismo, ni la retórica, ni la preceptiva, ¿para qué escribo? Pues sencillamente, para deciros lo que se me ocurre como vosotros cuando os dirigís á un amigo.

Hacedme la honra de considerarme como tal y veréis qué fácilmente nos entendemos.

Y cuando lo dicho no fuere de vuestro agrado, perdonadme.

Y que Dios nos perdone á todos.

MANUEL MACHADO

I

LOS POETAS DE HOY

Tened por cierto, señoras y señores, que una de las cosas más importantes, útiles y positivas de nuestro pequeño mundo es la Poesía. Esto es axiomático. No lo duda nadie..., y si alguien lo dudara no se le podría demostrar, como ocurre con todas las grandes verdades. El amor y la muerte, sin ir más lejos. Así la Poesía. Tras ella corren los que lo han alcanzado todo. La fortuna, el poder, la sabiduría. Porque ella está, no sólo en los versos de los poetas, sino en todo lo que es bello, empezando por los ojos de las mujeres hermosas, en todo lo que es bonito, como dice el pueblo. Y como sólo lo bonito da gusto, y aquí estamos á pasarlo lo mejor posible, pocas cosas pueden importarnos más que aquellas que contribuyen á hacernos la vida grata y llevadera.

Esto sentado, yo me propongo entreteneros con los lances y peripecias de la Poesía y los poetas espa-

ñoles de esta primera década de nuestro siglo xx, yendo á buscar, aunque de paso y someramente, las raíces de los modos y tendencias actuales á los últimos años del pasado siglo.

Yo voy á hablar de la vida de las letras en esta última etapa de nuestro desarrollo nacional, y voy á hablar de los sucesos literarios como testigo y no como historiador. Dejo á tiempos y á hombres más adelante la serena imparcialidad y la docta crítica. Estas son memorias de un poeta que ha vivido y luchado en su tiempo y que no ha salido aún del palenque. Tendrán, pues, el interés palpitante de la realidad y carecerán de la claridad y la enseñanza de las grandes síntesis en que habrá de simplificarlas la posteridad docta, fría y curiosa.

Escasa, pues, la parte doctrinal, nula la erudición, horro de notas, citas y apostillas, mi trabajo no es más que mi impresión personal sobre algo que todos conocéis tal vez más fría y severamente que yo, algo que ha sido durante algún tiempo tema de las conversaciones y de esas disputas españolas en las que nadie suele llevar la razón, en una palabra..., mi palabra sobre el *modernismo en la Poesía.*

Es indudable que una notable floración poética ha tenido lugar en España en lo que va de siglo y que

su germinación comenzó á raíz de los desastres políticos y militares con que despedimos al pasado.

Y fuerza es para darse cuenta de las condiciones en que vinieron á la luz los nuevos poetas; que repasemos, aunque sea triste cosa, el estado de la vida nacional, de la mentalidad española en aquellos días cercanos aún, y, afortunadamente, tan idos para no volver jamás á nuestra historia.



Terrible, mansamente terrible para las artes españolas, y más particularmente para su mayor, la poesía, fué el largo período que transcurrió desde la muerte del Rey D. Alfonso XII hasta nuestros últimos desastres coloniales.

Viviase aquí en una especie de limbo intelectual mezcla de indiferencia y de incultura irredimibles. Irredimibles, porque, ignorándolo todo, lo despreciábamos todo también. Condición es ésta tan española, que habría que buscarle las raíces en aquellos antiguos iberos de Argantonio, que vivían felicísimos, según la historia, y de quien apenas se sabe otra cosa sino que fueron sucesivamente estafados, engañados y dominados por fenicios, griegos, cartagineses y ro-

manos. Así nuestros modernos conterráneos de mi cuento vivían ociosos é ignorantes mientras sobre ellos se cernían las más terribles amenazas. Vivían tranquilos y estaban satisfechos. Las escasas ideas se paseaban por el cerebro de los españoles como los guardias del orden por las calles, por parejas. Aquí no se concebían más que dos cosas: blanco ó negro, tuerto ó derecho, chico ó grande. Y si alguien pretendía colocar una tercera noción, la idea del matiz, la de un justo medio, entre la simple simetría de los pares, *anatema sit.*

Sagasta y Cánovas; Calvo y Vico; Lagartijo y Frascuelo... Campoamor, que era sin par, tuvo que aguantar toda la vida en frente la contrafigura de Núñez de Arce para no dejar cojo el sistema. Todo tenía que ser por pares, y donde no los había se inventaban.

Por la ancha calle baldía que estas dos hileras de faroles simétricos y antagónicos dejaban en medio, la holganza y la incultura—incultura é incultivo, mental y material—arrastraban á este grande y desdichado pueblo á los más crueles desengaños. Embotados y entristecidos por la inacción, hartos del romanticismo pasado é incapaces para la vida práctica y laboriosa, viviendo á la sombra de glorias muertas, leyendo una

Historia primitiva y falsa, sin ánimos para rectificarla y hurtarle consecuencias amargas, pero provechosas; despreciando las letras y las artes en gracia al amor de las ciencias, entonces victoriosas en el mundo (amor, sin embargo, puramente platónico, puesto que apenas un nombre de Castilla figura en la larga relación de inventores y cientistas); despreciando cuanto se ignoraba, indisciplinados, pobres y arrogantes, así vivían los españoles de fin de siglo hasta los desastres del 96.

Nada hacían los Gobiernos por la instrucción, único medio para dar disciplina, cohesión y rumbo á la opinión pública.

¿Qué era entre tanto de la Poesía española en aquellos años tristes y baldíos?

Muere Zorrilla perfectamente desconocido y desestimado por las castas literarias, no así por el pueblo

y los profanos en general. Pudo parecer, por poco tiempo afortunadamente, que se había sobrevivido á sí mismo. El pobre viejo, amargado y olvidado, había sobrevivido solamente al romanticismo como escuela, que, en efecto, había pasado ya por completo, puesto que el mismo Echegaray—eterno mixtificador de todo lo que ofrecía probabilidad de éxito—ensayaba ya el naturalismo y hasta el simbolismo en el teatro. Pero, poeta de veras, poeta de siempre, sus últimos versos son, si cabe, mejores que los primeros, y sin perder su carácter exuberante y su riquísima vena castiza tienen ya las auras y los matices de la nueva poesía, de que son en realidad los primeros precursores. Porque este hombre, que murió más allá de los ochenta años, tuvo siempre el corazón joven y la mente. Y en una época y en un país en que era necesario punto menos que estar fósil para ser respetado, y en que los altos puestos se ganaban generalmente por prescripción, sólo él tuvo el noble, el fuerte, el conmovedor atrevimiento de abominar en público de la fatal vejez y de las inferioridades que acarrea. Conmueve oirle exclamar en el momento de su coronación ante la Alhambra granadina, que tan dulces cosas y soberbias le dijo siempre, aquellas palabras sinceras y lamentables:

«Ya estoy viejo y ya no valgo
lo que han dicho que valía.»

***

Para colmo de inopia habíanse extinguido también, poco después, las dos lumbreras poéticas que se repartían el escaso entusiasmo público. Murió Campoamor en medio de la más absoluta indiferencia. Aquel gran cerebro, inquieto, matizado, pletórico de ideas, de dudas, de sutilezas mentales, era cosa tan exótica en la tierra del no pensar y del no saber, que casi como á extranjero se le había mirado, *y suspirillos germánicos* habíase llamado á sus composiciones. Hablo de la casta pseudo-literaria, repleta de retórica barata, porque, en verdad sea dicho, las mujeres leían á Campoamor con todo encanto y su obra quedó también en el pueblo. La revolución literaria que voy á reseñar someramente reivindicó luego toda su gloria. Pero no adelantemos los acontecimientos.

Campoamor había muerto, y el pobre Núñez de Arce, enfermo y débil, no tenía ya fuerzas para soplar su huera trompeta inocente. Cierta energía en la versificación, pobre de léxico, vacía de ideas y sensacio-

nes, pero muy cuidada de metro y rima, le faltaba ya, y el buen D. Gaspar murió para las letras algunos años antes de fallecer definitivamente.

Así decapitada la Poesía española, quedó reducida á un escaso número de imitadores sin carácter ni fuerza alguna, entre los cuales se ve sobresalir apenas las efímeras y borrosas figuras de un Velarde, un Ferrari, un Manuel Reina. La Poesía española se moría en medio del desprecio general, entre las zumbas de Clarín y las inocentes sátiras del *Madrid Cómico*, mantenedor de la lírica festiva más insulsa del mundo. Fué ésta la época de *Madrid Cómico*. Un hombre de verdadera finura intelectual y de relativo buen gusto, Sinesio Delgado, dirigía la publicación, y en torno suyo se agrupaban nuestros lamentables *vaudevillistas* y comedieros del género chico. Fué ésta la época del *género chico* y muy particularmente de los melodramas comprimidos, quinta esencia de la más odiosa cursilería literaria.

Todo entusiasmo, todo fervor era mirado desdeñosamente y nunca tuvieron los poetas, bien que merecidamente por entonces, un concepto más desdichado en la opinión general. Los libreros y editores repugnaban las colecciones de versos, rechazábanse éstos en los periódicos, y en el Ateneo de Madrid, donde

tan altas cosas se han dicho, pero donde casi toda necedad ha tenido también su asiento, se discutía en serio si la forma poética estaba llamada á desaparecer.

***

Por tales tiempos y costumbres, y á raíz de la gran derrota, fué cuando comenzó á surgir la nueva España, y, como siempre, muy por delante la Poesía nueva. Por entonces nacieron á las letras los jóvenes que, hoy maduros, representan nuestra literatura en España y fuera de ella. Su obra, en un principio, tuvo que ser negativa y demoledora. Jamás una juventud tuvo que sacar fuerzas tan de flaqueza, ni tuvo tan pocos impulsos recibidos de la generación anterior, ni tantos ejemplos... que no seguir.

Apenas parecieron los primeros innovadores, la indiferencia general se convirtió en unánime zumba atronadora. La palabra *modernismo,* que hoy denomina vagamente la última etapa de nuestra literatura, era entonces un dicterio complejo de toda clase de desprecios. Y no era lo peor esta enemiga natural del vulgo, contrario siempre á toda novedad. A las buenas gentes se les desquiciaba su tinglado mental y se les complicaba cruelmente su saneado par de ideícas

con que tan bien hallados estaban. Aullaron, pues, buenamente, como los perros á la luna, y prorrumpieron en ineptas risotadas durante algún tiempo, y aceptaron al cabo, sin más reflexión y por instinto, en cuanto ya estuvieron un poco fanés, las vitandas novedades.

Más dura fué la lucha con los escritores, críticos y literatos, que ocupaban por entonces las cumbres del parnaso español. Lejos de iluminar á la opinión sobre las nuevas tendencias, que para ellos debieron ser cosa prevista y conocida, se mostraron tan sorprendidos é indignados como la masa general; secundaron la zumba y la chacota y tronaron desde púlpitos más ó menos altos contra el abominable *modernismo*. Bien es verdad que aquellos escritores, que se llamaban maestros y sabios porque eran viejos y no querían saber nada, sospechaban ya por dónde les vendría la muerte, y, en cuanto á los críticos, cuya obligación profesional es iluminar al vulgo caminando delante de él sin asombrarse de nada, sabido es que en España caminan detrás, consagrando lo que la gente aplaude, condenando lo que rechaza, es decir, escribiendo siempre antes de enterarse... y después de no haberse enterado.

En tales condiciones, la lucha se imponía. La lucha

trae siempre los excesos consigo. De los atentados á la retórica, á la prosodia, al academismo neoclásico, que estaban en el programa, se pasó á los atentados contra el crédito literario y la obra personal de los señores del margen. Fué también preciso exagerar determinadas tendencias para romper el hielo de la indiferencia general; irritar con algún desentono los oídos rehacios y adoptar ciertas *poses* para llamar la atención.

No os relataré las mil peripecias de la lucha, que todos tenéis presente, algunas de las cuales soy yo el primero en lamentar. La opinión y el tiempo han hecho ya gran justicia y continúan haciéndola. Lo que importa consignar aquí es que, conjuntamente á esta labor de rebeldía, de ataque y de demolición, la juventud poética española realizaba su obra generosa de pura Poesía, sin más interés que el del arte ni más concupiscencia que la de la gloria.

Allá por los años de 1897 y 98 no se tenía en España, en general, otra noción de las últimas evoluciones de las literaturas extranjeras que la que nos aportaron personalmente algunos ingenios que habían viajado. Alejandro Sawa, el bohemio incorregible, muerto hace poco, volvió por entonces de París hablando de parnasianismo y simbolismo y recitando

por la primera vez en Madrid versos de Verlaine. Pocos estaban aquí en el secreto. Entre los pocos, Benavente, que á la sazón era silbado casi todas las noches al final de obras que habían hecho, sin embargo, las delicias del público durante toda la representación. Un gallego pobre é hidalgo, que había necesariamente de emigrar á América, emigró, en efecto, y volvió al poco tiempo con el espíritu francés más fino de los Banvilles y Barbéy d'Aurevilly mezclado al suyo clásico y archicastizo. Fué Valle-Inclán el primero que sacó el modernismo á la calle, con sus cuellos *epatantes*, sus largas melenas y sus quevedos redondos. Por entonces esto representaba un valor á toda prueba. Finalmente, con uno de esos fantásticos cargos diplomáticos de ciertas republiquitas americanas, se hallaba en Madrid Rubén Darío, maestro del habla castellana, y habiendo digerido eclécticamente lo mejor de la moderna Poesía francesa. A estos elementos se unió el poeta ya entonces granado Salvador Rueda, cuya exuberante fantasía, descarriada á veces, pero poderosamente instintiva, había roto ya en cierto modo los límites retóricos y académicos.

Por una de esas coincidencias extrañas y paradógicas tan frecuentes en la vida, el primer órgano de

publicidad que tuvieron los novadores, fué aquel mismo *Madrid Cómico* convertido ahora en *La Vida Literaria*, que dirigía Jacinto Benavente. Allí por la vez primera se publicaron las *Cartas de mujeres* y el *Teatro fantástico*, base de todo el teatro de Benavente, obra de vida, de grande profundidad psicológica y honda poesía humana que ha venido luego triunfante á sustituir en nuestra escena á los disparatados dramones pseudo románticos que por entonces se estilaban. Allí dió á conocer D. Ramón del Valle los mejores trozos de su primer libro *Femeninas*, mostrando que la prosa puede cincelarse como el más pulido verso y darle la onomatopeya propia del asunto en un hábil trabajo de orfebrería literaria.

Valle Inclán, estilista supremo, pudo enseñar á los escritores y al público cuánta era la pobreza de aquellas eminentes plumas que cultivaban el llamado estilo castizo, agarbanzado, clásico ó cervantino, suprema flor del arte por aquellos tiempos. Finalmente, allí se imprimieron los primeros versos llamados modernistas, que escribían Rubén Darío y Juan Ramón Jiménez.

Una gran actividad con vistas á Europa había sustituído á la inercia anterior, y en todos los ramos literarios y artísticos, en general, las nuevas tendencias

comenzaban á abrirse camino. La novela con Baroja y Azorín, el teatro con Benavente, la poesía lírica con Darío, Juan Ramón Jiménez, Marquina, Villaespesa.

El periodismo pudo contar desde entonces con cronistas de verdadero arte, como Gómez Carrillo. La crítica artística y filosófica con José Ortega y Gasset. Y el movimiento de renacimiento español contó con hombres del antiguo Renacimiento, como Rusiñol, pintor, poeta, dramaturgo, y con ese enorme propulsor de ideas y conmovedor de conciencias que se llama D. Miguel de Unamuno.

No cito sino algunas cúspides porque todos conocéis á la verdadera legión de ingenios que han ido floreciendo á nuestra vista. Legión he dicho, y tened por cierto que son tantos y tales, que bien puede España enorgullecerse de ellos y poner á sus artistas frente á los mejores de Europa. Así pudiera hacer lo mismo con los demás productos nacionales...

A la fundación de la *Vida Literaria*, siguió la de un sinnúmero de semanarios cuya vida fué efímera, brillante y loca, y que se titularon *Electra*, *Juventud*, *Revista Ibérica*, la *Revista Latina*, *Helios*, *Renacimiento*, y tantas otras creadas al calor de la juventud, independiente para todo, pero solidaria únicamente ante el amor del arte. Estas revistas, sostenidas prin-

cipalmente por los poetas, lo tenían todo; escritores, suscriptores y público. Carecían solamente de administración, y como hijas pródigas de las más generosas intenciones, se arruinaban pronto y morían jóvenes. Morían, pero no sin dejar su buena huella luminosa.

Además ya no eran necesarias. Los grandes órganos de la Prensa, las altas tribunas literarias, las casas editoriales y hasta los teatros, última palabra de lo hermético, estaban abiertos á la libre emisión de las nuevas ideas y formas literarias, no sólo para los capitanes del movimiento sino para los que venían en segunda fila. La gente, y después los críticos y editores, aceptaban ya lo nuevo en todas partes. En una palabra, el modernismo había triunfado.



Y á todo esto, ¿qué es el modernismo? me preguntarán ustedes. Y en verdad que ustedes mismos tienen un poco la culpa de que yo no pueda explicárselo muy satisfactoriamente. Palabra de origen puramente vulgar, formada por el asombro de los más ante las últimas novedades, la voz modernismo significa una cosa distinta para cada uno de los que la pronuncian.

Ya dije que para éste el modernismo es la cabellera de Valle Inclán, para aquél los cuplés del Salón Rouge, para el otro los cigarrillos turcos, y para el de más allá los muebles de Lissárraga.

Pero circunscribiéndonos á la poesía, objeto de esta charla, y aceptando la palabra, puesto que no hay otra, trataré de explicaros la cosa lo más claramente posible.

El modernismo, que realmente no existe ya, no fué en puridad más que una revolución literaria de carácter principalmente formal. Pero relativa, no sólo á la forma externa, sino á la interna del arte. En cuanto al fondo, su característica esencial es la anarquía. No hay que asustarse de esta palabra pronunciada en su único sentido posible. Sólo los espíritus cultivadísimos y poseedores de las altas sapiencias del arte pueden ser anárquicos, es decir, individuales, personalísimos, pero entiéndase bien, anárquicos y no anarquistas. No es lo mismo el no necesitar de gobierno que el predicar libertad á los salvajes.

Las viejas disciplinas, los dogmatismos estéticos que venían rigiendo, las manidas escuelas literarias poéticas, las estrecheces académicas y los cánones de preceptiva moral, todo eso fué lo que cayó arrollado á las primeras de cambio.

Si alguna consecuencia final grande y provechosa ha traído esa revolución en cuanto al fondo, es la de que el arte no es cosa de retórica ni aun de literatura, sino de personalidad. Es dar á los demás las sensaciones de lo bello, real ó fantástico, á través del propio temperamento cultivado y exquisito. De modo que para ser artista basta con saber ser uno mismo.

Lo cual, entre paréntesis, es bastante difícil. Con que el modernismo lejos de ser una escuela, es el finiquito y acabamiento de todas ellas.

Los poetas españoles de este principio de siglo han aceptado, como no podía menos de suceder, lo que han encontrado de bueno y de útil en las literaturas extranjeras como medio de expresión y de promover sensaciones. Y, así, hay en ellos del simbolismo del parnasianismo y de otros *ismos* que en Europa han servido para denominar ciertas agrupaciones artísticas...

Es de notar que esta influencia Europea y principalmente francesa, llegó á España, en primer término, desde la América latina.

* * *

Respecto á la forma externa de la poesía, las innovaciones son de dos clases: retóricas y prosódicas.

Las retóricas importan poco. Se reducen á no reconocer la obligación de las rimas consabidas, á no aceptar determinadas reglas para algunas estrofas, rechazar ciertos artificios obligatorios y en crear nuevas y variadas formas. De modo, que esto más que atentar á la integridad del Arte Poética, es ensancharla y aumentarle algunos capítulos para que tengan que comer los maestros del porvenir. A este particular, recuerdo que toda una tarde entera me estuvo el insigne D. Eduardo Benot, rechazando, indignado, un soneto, porque estaba escrito en versos alejandrinos, hasta que hube de decirle que en una retórica novísima se incluían ya estas clases de composiciones con el nombre de *sonites*.

—¡Ah, pues entonces está muy bien!, exclamó el buen viejo, convencido. Y cuenta que éste era un gran revolucionario, el cual, como todos los revolucionarios, no concebía que se hicieran revoluciones, después de la suya, ni en la Retórica.

En cuanto á las novedades prosódicas ya han sido más hondas y positivas. Dejando á un lado la versificación por pies métricos que ya era conocida, pero que alcanzó gran desarrollo en los poemas primeros

de Jiménez, Villaespesa y los americanos, hay que decir algo sobre la tonalidad y la música general de los versos modernos.

No concebían los prosodistas que se saliera de los acentos tónicos obligatorios, constituyentes, como Benot les llama, en cada clase de versos.

Y hubo, sin embargo, dos poderosísimas razones para salir de ellos.

La primera es la que tuvo la música para salirse de los escasos ritmos bailables y de los eternos sonsonetes en que estuvo encerrada hasta la aparición de los grandes maestros alemanes. Para dar á la música expresión real y amplitud ideológica, Wagner tuvo que romper la prosodia musical de su tiempo, tuvo que buscar melodías más vagas, más matizadas, pero mucho más grandes y más fuertes. Los oídos modernos no pueden ahora soportar los antiguos valsecitos retóricos.

La segunda razón, y quizás la más fuerte, es la de que, no entrando la poesía solamente por el oído sino tratando de dar sensaciones á la vista y á la inteligencia, la isócrona repetición constante de los acentos acapara y distrae la atención del lector, molestándola y separándola de otras sensaciones más interesantes, como el redoble de un tambor nos molestaría

y nos desesperaría en momentos de contemplación ó de recogimiento.

Estas son razones de puro sentido común que convencerían á un niño, pero jamás á un retórico ni menos á un prosodista. Gracias á que esta clase de lunáticos abundan poco.



He dicho que el modernismo no existe ya, y nada más cierto, en efecto. Abiertos los caminos, rotos en el fondo los prejuicios y en la forma las trabas en cuanto al metro y la rima; fertilizado el lenguaje con savia nueva, se trataba y se trata ya de trabajar en serio y abandonando toda pose. La personalidad de cada uno de los poetas españoles ha ido cristalizando en modos y formas perfectamente diferentes, sin que haya entre ellos nada de común que permita agruparlos bajo una misma denominación de escuela secta ni tendencia.

Si alguno conserva aún algo de las primeras modalidades del modernismo, es el insigne Villaespesa, en quien prepondera ya, sin embargo, la nota cálida, luminosa de su guitarra andaluza.

Juan Ramón Jiménez, acudió hace mucho tiempo

los alardes de metrificación y ha encontrado cauce para su espíritu dulce y sensitivo, cantor de lo inefable, en el asonante del más sencillo romance octosílabo, y en las claras rimas infantiles.

Eduardo Marquina que representa una protesta contra el turrieburnismo que caracterizó en un principio á los modernistas, hace una poesía dura, pero maciza de sentir y de pensar, cuya médula es un himno á la eterna renovación de la vida. Finalmente, Antonio Machado, de quien ser el hermano mayor no me impedirá decir que lo tengo por el más fuerte y hondo poeta español, trabaja para simplificar la forma hasta lo lapidario y lo popular.

No me incumbe á mí, compañero de éstos, y de los otros que no cito y que también valen, daros aquí un juicio crítico de cada uno de ellos. Ni es hora todavía. Me limitaré, pues, á leeros una composición como tipo poético del temperamento de cada uno. A vosotros juzgar y perdonar las faltas del lector.

No quisiera despedirme de vosotros sin rechazar una acusación que se nos viene haciendo constantemente á los intelectuales de hoy, y, muy particularmente á los poetas: la de no tomar parte en la vida política nacional. En cuanto á los gobiernos, hemos de confesar que no nos han llamado nunca á sus con-

sejos, ni á los puestos importantes de la administración ó la enseñanza. En cuanto á las oposiciones, que hoy medio manejan ya el cotarro y que no hacen, sin embargo, más que dificultar la obra de los gobiernos de buena fe, declaro, por mi parte, que no me son simpáticas.

Además, yo creo que la única política patriótica consiste en hacer cada uno lo suyo lo mejor que pueda. Yo hago versos y no otra cosa. Y cuando algún furioso militante me excita á tomar parte en alguna labor política ó sociológica, suelo responderle como *Guerrita* á aquel otro torero, que le pedía la punta de su capote para lancear al alimón:

—Toree usted con el suyo, que el mío es de seda.

II

GÉNESIS DE UN LIBRO

Hace próximamente un año disertaba yo en esta misma cátedra sobre la poesía moderna, *modernista*, si queréis, contemporánea en el más extricto sentido de la palabra.

Y hube de notar en gran parte del culto auditorio algo así como el deseo de que entrase yo en un examen más técnico y profundo de los modos de poetizar y aun de versificar de nuestros líricos en boga. Aunque se trataba de una amable conversación con personas y gentes más allá de la Retórica, y, aunque señalé á grandes rasgos las características de nuestra poesía de hoy, noté, repito, una especie de decepción relativa á mi falta de doctrina y de sistema. Se quería indudablemente algo más de ciencia del arte, para lo cual (perdóneseme el palabreo) hubiera yo necesitado y deseado poseer el arte de la ciencia en el sumo grado de los ilustres conferenciantes mis

predecesores. Y además, y por qué no confesarlo, una conciencia demasiado clara y fría de la labor de mis coetáneos y de la mía propia.

Yo vine á decir en resumidas cuentas, después de relatar como testigo y, ¡ay! como actor, la lucha entre las pasadas escuelas y las actuales personalidades, que la revolución operada últimamente en la poesía española se refería principalmente á la forma.

Faltóme entonces indudablemente, y desde entonces confieso que lo vengo echando de ver, el completar con un ejemplo, con el análisis técnico de una obra determinada y característica, mi lección de poesía moderna.

Y, pensando y buscando cómo llenar hoy este vacío, he venido á acudir á lo que tenía más á mano, es decir, á mí mismo.

No porque yo me tenga por modelo, ni mucho menos, sino porque no sé de nadie á quien pueda tratar con más confianza ni con quien tenga más íntimo conocimiento.

Voy pues, á deciros cómo se pinta hoy con los versos. Voy á abriros las puertas del taller, cosa que no haría ningún artista del Renacimiento por todo el oro del mundo: Perdonad el desorden en que vais á hallarlo. Abriros la puerta del taller vale tanto en un

poeta como franquearos las entradas del corazón y los más recónditos antros de la mente.

Ah, perdonad todavía una salvedad. Yo voy á hacer esto por mostrároslo todo, no por enseñaros nada; no vengo en profesor, sino en ingenuo. Yo quiero que veáis conmigo y que sintáis si puede ser la génesis de un libro de poesías con todo lo que hay de consciente en la factura, con todo lo que hay de vago y de incoercible en el sentimiento.

El libro, sin embargo, escogido por mí entre los míos para esta experiencia, es una corta colección de sonetos sobre las obras maestras de la pintura universal.

Lo informan, pues, sentimientos reflejos de arte, doblemente tamizados por el pincel y la pluma. Es flor de estudio y de cultura, grata quizás únicamente á los que conocen bien y saben amar las grandes obras de mundial renombre á que se refiere. Y la he escogido precisamente por eso; porque si no me retrata ni me descubre á mí,—salvo lo que hay de personal en toda transcripción artística—, tiene en cambio la ventaja de representar esa transfusión del color á la palabra tan perseguida por los modernos escritores, esa indelimitación entre las dos artes distintas que ha sido á mi entender tan saludable á

los poetas como peligrosa para los pintores. Estas pinturas á pluma, ó poesías á pincel, se prestan sobre manera á disquisiciones de técnica literaria que vendrán á su tiempo.

Téngase bien en cuenta, sin embargo, que no se trata en este libro de simples transcripciones ó descripciones ajustadas al original pictórico y que tengan como fin la simple evocación del cuadro. Yo he procurado la síntesis de los sentimientos de la época y del pintor, la significación y el estado del arte en cada momento, la evocación del espíritu de los tiempos. Y algo más, la sensación producida hoy en nosotros, insospechable para el autor. En una palabra yo *pinto* esos cuadros tal como se dan y con todo lo que evocan en mi espíritu; no como están en el Museo, teniendo muy buen cuidado de cometer ciertas inexactitudes que son del todo necesarias á mi intento. Artimañas son estas, si queréis, pero ya os dije que iba á iniciaros en los secretos del taller.

Y ahora que conocéis mi propósito vamos á ver cómo, hasta dónde y con qué medios lo he puesto por obra.

Comienza mi «Apolo» que así se titula este teatro pictórico con un soneto, dedicado á Fra Angélico, ycuo primer verso, si he de ser fiel á mi promesa de



deciroslo todo no me dejará pasar adelante sin una breve aclaración:

> *La campanada blanca de maitines*, dice,
> *al seráfico artisto ha despertado*, etc.

Hacedme gracia del asonante *campanada blanca* hecho adrede con el fin de contribuir á la sensación de albor y de candor que se persigue, y cuyo empleo es ya viejo. Quién no recuerda el verso de Espronceda hecho por el mismo procedimiento:

«las altas casas con su blanca luz»

Y Espronceda no era ningún modernista. Era simplemente poeta, es decir vate, adivino, precursor.

Vamos á la adjetivación de un sonido por un color: *campanada blanca*. Hay realmente sonidos colorados y colores sonoros? Yo creo que sí, nosotros creemos que sí, y utilizamos estas transfusiones como elemento de arte, lo mismo que se utilizan en la vida la electricidad, el magnetismo y aun el hipnotismo, sin saber todavía muy bien lo que son estos fenómenos. De aquí á sentar una teoría más ó menos caprichosa de las vocales coloreadas, como han hecho Rimbaud y otros fantaseadores, hay largo trecho.

Pero, si reducir estos fenómenos á un sistema no ha sido posible todavía, y pudiera llamarse loco al que lo da por hallado, no menos puede llamarse necio al que los negase en absoluto.

Sabido es que, en física, color y sonido no son sino vibraciones del éter, y que el calor y el movimiento se transforman fácilmente en flúidas eléctricos.

Y aun en el lenguaje corriente estas transfusiones están aceptadas á condición de haberse convertido en lugares comunes. Y nadie se estremece cuando se dice, por ejemplo, una *brillante* sinfonía ó una pintura *cálida*...

Pues así he llamado yo blanca á la campanada de maitines, como precursora y evocadora del alba, alba que tiene en mi soneto la doble significación de la madrugada real y de los cándidos albores de la pintura italiana, de la pintura en general, que constituye el asunto de la composición. Refiérese ésta más directamente al conocido tríptico de la Anunciación que se admira en nuestro Prado. Pero el solo nombre de Beato Angélico evoca los de sus contemporáneos tan sabidos Giotto, Guirinddagho, Cimabue, Peruggino, el Pincturichio, ingenuos pintores de escenas santas, albor del Renacimiento, con sus vírgenes de comba frente, hierática apostura y dulces ojos di-

vinamente perfilados; con sus púrpuras uniformes y sus inocentes iluminaciones de oro y seda. Por eso se mientan en el soneto las frentes virginales y las manos de nácar, y se termina la estrofa con una frase sacramental y litúrgica que da la sensación de la ingenua religiosidad de los prerrafaélicos.

Y ahora que sabéis lo que se ha tratado de hacer y cómo, ved hasta dónde se haya conseguido, recordando el cuadro y oyendo el soneto:

La campanada blanca de maitines
al seráfico artista ha despertado,
y, al ponerse á pintar, tiene á su lado
un coro de rosados querubines.

Y ellos le enseñan cómo se ilumina
la frente y las mejillas ideales
de María, los ojos virginales,
la mano transparente y ambarina.

Y el candor le presentan de sus alas
para que copie su infantil blancura
en las alas del ángel celestial.

que, ataviado de perlinas galas,
desciende al seno de la Virgen pura,
como el rayo del sol por el cristal.

* * *

Otro albor de la pintura apuntaba en el Norte, paralelo al italiano, y tan distinto. Los Países Bajos, que empezaban á ser nuestros con el matrimonio de Madama de Castilla y D. Felipe el Hermoso, tenían también sus pintores primitivos, al par de los de Italia, Pero aquello era otra cosa. Las condiciones materiales del país y de la luz, el carácter de la vida social, la fuerza de las democracias y la existencia del pueblo como entidad política importante, guiaban á los artistas á la pintura de la realidad y aun del retrato. Primitivos, sin embargo, no supieron librarse en un principio del hieratismo en las figuras y la minucia en el detalle, que los caracteriza. Y, sobre todo, aquellos divinos fondos de paisaje y de ciudad sin perspectiva, tan cercanos de los ojos como lejanos en el recuerdo, deliciosos paisajes de nacimiento y de juguete que nos evocan siempre los días de nuestra niñez, capaces con su encanto inefable de hacernos desear —por momentos, claro está—que no se hubiese descubierto nunca la perspectiva.

Yo os he traído la doble representación pictórica y poética de un retrato de Doña Juana la Loca, obra de artista holandés primitivo y desconocido, probablemente de Van-Laethem, como pudiera serlo de Van der Goes, de los Van-Eyck, de Mabuse. Larga es la

historia de este retrato hoja de un tríptico cuyo panneau central se ha perdido y que figuró con su compañero lateral (el retrato del príncipe D. Felipe, esposo de D.ª Juana) en la última Exposición del Toisón de Oro en Bruselas, de donde ha podido obtener la reproducción fotográfica la Junta de Iconografía Nacional que preside el ilustre Marqués de Pidal y de que es secretario el insigne escritor D. Jacinto Octavio Picón.

Aparte de la significación artística y pictórica de este retrato, he querido yo dar en mis versos la sensación moral y física de la persona de D.ª Juana, vástago débil y desmedrado de la Casa de Castilla, quebradiza y enferma, y tan interesante en su atonía y su mutismo, minada ya de la vesania que estalló á la muerte del Rey y que la ha hecho célebre en la Historia.

Y todo ello expresado por el pintor sobre aquel fondo impagable en cuyo ingenuo último término se distingue perfectamente el palacio que D.ª Juana hizo llevar consigo al coronarse princesa de Brabante.

Ved y oid:

Hierática visión de pesadilla,
en medio del paisaje está plantada—

alto el brial y la color quebrada—
la Reina Doña Juana de Castilla.

Liso el pelo á ambos lados de la frente,
bajo el velludo de la doble toca...
Ausente la palabra de la boca,
y, de los ojos, el mirar, ausente.

Abierto el regio y blasonado manto,
como una flor enferma, el débil talle
deja ver, encerrado en el corpiño.

Y en una lejanía—mas no tanto,
que se pierda el más mínimo detalle—
hay el paisaje que soñara un niño.

***

Paso por alto la estrofa sobre Boticcelli, en cuyo retablo de la Primavera está ya casi en pleno el Renacimiento. No quiero fatigaros. La composición es más lírica que las otras, casi completamente personal. Yo supe de ese cuadro en París y su recuerdo va en mí asociado á otras impresiones que no son del caso.

Y henos aquí ya ante el gran maestro florentino poeta, filósofo, matemático y hasta charadista en los ratos de ocio. He nombrado á Leonardo de Vinci, al más consciente, complejo y misterioso pintor del Re-

nacimiento, al que tuvo y guardó más secretos de Arte, después de revelar tantos, al que supo que *gran poesía acompaña á las figuras puestas delante de una puerta que da acceso á una habitación en sombra*, al inefable autor de *La Gioconda*.

Las innumerables hojas de papel escritas é impresas sobre la sonrisa de Madona Elisa, de la que se ha hecho un problema de Arte, un problema de Filosofía, un problema de Amor, un problema de Ciencia, pesaban sobre mí al escribir esos versos, todo interrogaciones, como todo enigma es el retrato de la hija de Francisco del Giocondo, desde su aparición hasta su desaparición misteriosa. Yo pienso con pena, no exenta de cierta admiración, en el loco que ha privado al mundo de esa sonrisa única. Porque para mí el robo de *La Gioconda* del Louvre es un verdadero rapto. La obra de un enamorado obseso y terrible, que á estas horas goza á solas del objeto de su pasión ó que tal vez lo ha destruído, lo ha *matado*, para que no vuelva á sonreir á nadie.

Mi soneto no es feliz, pero la contemplación del cuadro, aun siendo nuestra dúplica del Prado, os indemnizará de la música:

Florencia—flor de música y aroma—
patria del gran Leonardo inenarrable,
madre de lo sutil y lo inefable...
Florencia del león y la paloma.

Mona Lisa sonríe, Madona Elisa
mira pasar los siglos sonriente.
... Y nosotros también eternamente
llevamos en el alma su sonrisa.

Sonríe la Gioconda... ¿Qué armonía,
qué paisaje de ensueño la extasía?
¿Por dónde vaga su mirar velado?...

¿Qué palabra fatal sueña en su oído?...
¿Qué amores desentierra del olvido?...
¿Qué secreto magnífico ha escuchado?...



Hubo un emperador, el más grande, el más fuerte, el más rico, que llegó al apogeo del poder humano. La mañana de la batalla de Mulhberg, el orbe entero era suyo. El viejo mundo, que dominaran Alejandro y César, y el Nuevo, que, por español, caía bajo su cetro. Este hombre no amó más lujo que el de las artes y el de las armas. Se llamó Carlos V. Y hubo un pintor digno de este hombre. Fué Tiziano Vecelli, príncipe

de la escuela Veneciana, emperador del Arte de la Pintura. Hablaros del uno y del otro parece completamente ocioso. La simple asociación de sus nombres me da hecha la síntesis que vais á escuchar. Yo, como el pintor, he llenado mi cuadro con la figura que llenaba por entonces el mundo y he puesto al pie, sencillamente, la firma del artista.

Ved qué os parece:

El que en Milán nieló de plata y oro
la soberbia armadura, el que ha forjado
en Toledo este arnés, quien ha domado
el negro potro del desierto moro...

El que tiñó de púrpura esta pluma—
que al aire en Mulberg prepotente flota—
esta tierra que pisa, y la remota
playa de oro y de sol de Moctezuma...

Todo es de este hombre gris, barba de acero,
carnoso labio socarrón, y duros
ojos de lobo audaz, que, lanza en mano,

recorre su dominio, el Mundo entero,
con resonantes pasos y seguros.
En este punto lo pintó Tiziano.

***

Cuando yo empezé mis estudios de Arte, el Greco era, en el sentir de la crítica, el último de los grandes pintores españoles. Después llegó á declarársele el primero. Después... El Greco es, sin duda alguna, el más genuíno y expresivo pintor de la España de su tiempo, de aquella España reconcentrada, furiosamente idealista, conquistadora en nombre de la fe, harapienta y grave, con los ojos puestos siempre en el cielo y tropezando á cada instante en la tierra, sin rendirse nunca. En este sentido y no el de su técnica discutidísima, he considerado yo al gran Teotocopuli, y escogido para mi Museo uno de sus retratos anónimos, el de *El Caballero de la mano al pecho*. Y he procurado, como el artista al pintarlo, simplificar los colores de la paleta. Nada brillante en la indumentaria, sino el pomo de la espada. De la cabeza, en cambio, digo que *surge* de la golilla, porque, en efecto, nadie como el Greco para dar á los rostros la expresión de la vida interior y del fuego del espíritu.

Recordad si no aquel magnífico entierro del Conde de Orgaz, en que, sobre los tonos apagados de la ropilla, surgen verdaderamente, como llamas de cirio, las cabezas de los caballeros allí retratados. Y algo de llama hay también en el retorcimiento de sus figuras religiosas... Pero esto nos llevaría demasiado lejos. Lo

que yo he tratado de sintetizar á través del cuadro, es el espíritu español de entonces y de siempre. Los caballeros del Greco andan aún por estas calles, tan incapaces de sonreir como en aquel tiempo. Ved el prototipo.

Este desconocido es un cristiano
de serio porte y negra vestidura,
donde brilla no más la empuñadura
de su admirable estoque toledano.

Severa faz de palidez de lirio
surge de la golilla escarolada,
por la luz interior iluminada,
de un macilento y religioso cirio.

Aunque sólo de Dios temores sabe,
porque el vitando hervor no le apasione
del mundano placer perecedero,

en un gesto piadoso, y noble, y grave,
la mano abierta sobre el pecho pone,
como una disciplina, el caballero.



Al pintor de la Verdad, su tierra, dice la inscripción de la estatua de Velázquez, de Sevilla. Para mí es algo más que el pintor de la Verdad. Es la propia

Verdad pintando. Para mí no tiene antecedentes ni consecuentes; es único y aparte. Veo en todos los demás artistas la técnica, el arte, la paleta. En Velázquez veo la vida... y, entonces, ya no sé nada, como pasa con nuestra vida misma.

Por eso, en mi transcripción poética de este maravilloso retrato de la infantita de Austria D.ª María Teresa, no miento para nada el Arte. Al referirme á la coloración del rostro, aludo á los afeites con que estucaban sus mejillas nuestras damas del XVII, no á la pintura del artista. Lo que he procurado es rendir en mis versos toda la elegancia, toda la decadencia, toda la infinita amargura de la deliciosa Infanta, tan viva en el cuadro y, aun más, que lo estuvo nunca en la realidad:

Como una flor clorótica el semblante,
qne hábil pincel tiñó de leche y fresa,
emerge del pomposo guardainfante,
entre sus galas cortesanas presa.

La mano—ámbar de ensueño—entre los tules
de la falda desmáyase, y sostiene
el pañuelo riquísimo, que viene
de los ojos atónitos y azules.

Italia, Flandes, Portugal... Poniente
sol de la gloria, el último destello
en sus mejillas infantiles posa...

Y corona no más su augusta frente
la dorada ceniza de cabello,
que apenas prende el leve lazo rosa.

Coronas que se caen de las frentes fatigadas, ojos cansados y delicadas manos incapaces de sostener ya un cetro, de puro finas y reales. Recordad los admirables retratos del IV Felipe pintados por el monstruo:

Nadie más cortesano ni pulido
que nuestro rey Felipe,—que Dios guarde—
todo de negro hasta los pies vestido.

Es pálida su tez, como la tarde,
cansado el oro de su pelo undoso
y, de sus ojos el azul, cobarde.

Sobre su augusto pecho generoso
ni joyeles perturban ni cadenas
el negro terciopelo silencioso.

Y, en vez de cetro real, sostiene apenas,
con desmayo galán, un guante de ante
la blanca mano de azuladas venas.

Pero Velázquez no fué sólo el pintor de las decadentes aristocracias reales. He dicho que él era como la vida, y en la vida española de su tiempo, en aquella España que aguardaba famélica el oro de los galeones de América (que caía casi siempre en manos de los ingleses) convivía con magnates caballeros y soldados el hampa rufianesca, la truhanería y la gallofa, que llegaba, como el hambre y la miseria, hasta el propio Palacio, con los bufones del Rey. Inmortales figuras de Pablillos, Don Manolito, Don Antonio el Inglés, Don Sebastián de Mora, Barbarroja, y, sobre todo, Don Juan de Austria. ¿Cómo llegó España, como llegó la corte á dejar caer tan gran nombre sobre tan mezquino sujeto, haciendo así mofa de la más gloriosa ocasión que vieron los siglos y del recuerdo de un vástago tan ilustre de la propia Casa Real?...

Los tiempos eran de perder y los nobles caballeros pierden siempre sonriendo.

Don Juan de Austria, el bufón... Don Juan terrible,
la socarrona cara jocoseria,
bajo el gorro anacrónico y risible...
¡Don Juan de la verdad y la miseria!

Hay en sus ojos de amargura un sello,
y en vano burlan de su mal talante
las damas del absurdo guardainfante
y décuple archivolta en el cabello.

No fué en Lepanto, pese á su alto nombre.
Pero, amigo de un rey de glorias harto,
entre sus timbres de alta prez hay uno

que hace de él un amable gentilhombre,
prestó un doblón al gran Felipe cuarto
en cierta noche de terrible ayuno.

***

Yo no sé si á vosotros os habrá pasado alguna vez lo que á mí. Después de recorrer las salas de nuestro Museo y sobre todo la magnífica crujía central donde solicitan la vista y sacuden fuertemente el espíritu con intensidad violadora las inquietantes fantasías y las realidades tremendas de Goya, los soberbios y dorados desnudos del Tiziano, la opulenta policromía de Rubens, la suprema verdad de Velázquez inexorable, la ardiente angustia contenida del Greco, los feroces contrastes del Españoleto..., el sentir como una caricia de la luz en los ojos y en el espíritu, como un descanso inefable al deteneros en aquella pequeña

rotonda clara y pacífica donde se exponen los cuadros de Murillo. De mí sé decir que aquello me halaga y tranquiliza como agua que se remansa tras la carrera torrencial, y mi vista se posa dulcemente sobre aquellos ángeles tan niños y aquellas vírgenes tan maternales... Sentía y pintaba este hombre tan *humanamente* las cosas divinas, que para trasladar yo al verso la poesía de su obra he tenido que valerme de un artificio de inversión: algo así como volver el lienzo del revés para mirarlo al trasluz Y, así como él humaniza lo divino, trato yo de divinizar lo humano. Y, tomando por base la *Sacra Familia*, pinto una escena familiar cualquiera que bien pudo servir de modelo al maestro.

Y todo envuelto en la luz de Sevilla, que es la luz de sus Glorias.

Años se cumplen que su hogar fundaron
Rosario y José Antonio, y, junto á ellos,
un niño—blanca tez, rubios cabellos—
atestigua la fe con que se amaron.

El niño—alma de pájaro—gorjea,
en los brazos saltando de su padre.
Morena y dulce, arrúllale la madre.
El amplio lecho en la penumbra albea.

En la amorosa y cálida armonía
de esta dulce familia sevillana
hay algo santo... En este hogar sencillo

él es el Patriarca, ella es María
y es el niño, Jesús... Por la ventana
entra una luz de Gloria de Murillo.

***

Otro pintor cortesano, por quien toda persona de buen gusto hubiera querido ser retratada, fué Van Dyck, que retrató, en efecto, á lo más elegante de la elegante corte de los Carlos ingleses. Pintor de aristocracias, yo he escogido para mi colección la figura de un exquisito fin de raza: *Un príncipe de la casa de Orange.* El cuadro está en París, en el Louvre, y yo digo de él:

A este joven señor, tan bellamente
vestido, blanco el traje y la gorguera,
blanca la tez, envuelve en luz poniente
el oro viejo de su cabellera.

De su apostura la elegante gracia
tiene una laxitud de laxitudes,
y en el pecho podridas las virtudes
de su clara y fatal aristocracia.

Tedio y desdén en la orgullosa frente,
vago pesar en la mirada infausta...
Lujosísima espada, en joyas rica.

Cruza una banda el busto indiferente.
Blanca mano espectral, de sangre exhausta,
y en la mano un limón, que significa...

Que significa... El limón—que no es limón, sino naranja—significa sencillamente que el retratado, Duque de Richmond pertenece á la casa de Orange. Bueno está saberlo. Pero ¿no os parece que queda mejor el soneto sin decirlo?



El más formidable contraste con este retratista de magnates lo forma su conterráneo el flamenco Teniers, pintor del pueblo y del pueblo más groseramente alegre y sensual que ha habido en el mundo. Había sido hasta entonces la pintura el lujo de los grandes. Pero en Holanda, el pueblo fué también rico y fué también amo. Teniers, que lo amaba, fué el primero en pintarlo en todo el esplendor de su alegría bulliciosa y desapacible, en toda la ingenua brutalidad de sus apetitos y sus expansiones, y en toda la exuberancia de vida y de fuerza que en él radican:

Ya está aquí el pueblo, el de la ruda mano
y el abundante corazón sencillo,
con su música alegre de organillo
y su reir descomedido y sano.

Teniers lo amaba, y lo pintó el primero
á las luces de antorchas macilentas
en orgías alegres y violentas
ó en sus fiestas de albogue y de pandero...

Y helo aquí, que se atraca y refocila,
y en pintorescos ágapes desfila
por tabernas, posadas y figones...

Grita furioso, ríe á plena boca,
ansioso bebe y come y gusta y toca,
y hace cosas de perro en los rincones.

*
* *

Dejo por no cansaros, ni cansarme, en blanco aquí hoy la época de los sucesores de Velázquez hasta llegar al más complejo y original espíritu de arte entre los pintores de España. Si Velázquez es la vida sin adjetivos, Goya es la vida con toda su amplitud, con toda su policromía versiforme, vista á través de un admirable temperamento de filósofo. Sólo que, como es sabido, la filosofía se convierte en humorismo en

los artistas. Tampoco tiene Goya antecedentes en la historia de nuestra pintura. En una época en que además de pintarse mal, se pintaba sin carácter y sin alma, floreció aquel fenómeno, todo espíritu, expresión y fuerza, padre insuperado ni igualado de la pintura moderna, ansiosa de significación y preñada de simbolismo. Él es el primero y el mejor de los impresionistas, de los pleneristas, de los simbolistas. Todos los rasgos que él marca y acusa, así en sus retratos como en sus composiciones, tienen una fuerza reveladora y una significación especial. Él no sabe pintar sin decirnos lo que piensa de sus escenas y de sus personajes. Su espíritu flota siempre por encima de su obra. Es ya el arte nuevo. La realidad á través del alma del artista. Ved el retrato ecuestre de la Reina María Luisa, al que he tratado de dar todo el humor de que tal vez sin querer rebosa el propio cuadro:

Al contemplar la juventud forzada,
de este cuerpo flexible, y aun ligero,
la inclinación garbosa del sombrero,
y el fuego inextinguido en la mirada...

Aun es gallarda la apostura, aun tiene
gentil empaque la real persona

de esta arrogante vieja, esta amazona,
mejor montada de lo que conviene.

Y en vano esta cabeza, un poco loca,
pierde el cabello, y súmese esta boca,
y de estos ojos el mirar se empaña...

Con su uniforme—rojo y negro—ella,
siempre será la suspirada y bella
María Luisa de Borbón, de España.

Y ved ahora la terrible escena de los fusilamientos de la Moncloa con toda su descarnada crueldad, con toda la brutalidad de la muerte á mansalva. Ved esa tremenda fila de los fusiles, perpendicular á la vida, matando apresuradamente, y á racimos, al pueblo madrileño.

Él lo vió... Noche negra, luz de infierno
Hedor de sangre y pólvora, gemidos...
Unos brazos abiertos, extendidos
en ese gesto del dolor eterno.

Una farola en la tierra casi alumbra,
con un halo amarillo que horripila,
de los fusiles la uniforme fila
monótona y brutal, en la penumbra.

Maldiciones, quejidos.., Un instante
primero que la voz de mando suene,
un fraile muestra el implacable cielo.

Y en convulso montón agonizante,
á medio rematar, por tandas viene
la eterna carne de cañón al suelo.

***

Para admirar este cuadro y para gustar los versos que vais á oir, es preciso haber vivido en el extranjero. Es preciso saber cómo se nos desconoce sistemáticamente fuera de España y cómo se nos ama con amor de artistas, precisamente á causa de este desconocimiento. Nada es verdad en esta *Carmencita* de Sergent... ó bien ella es toda la verdad de nuestra España, fuera de España. Yo he tenido que interpretar, no sin cierta pena, este concepto mundial, y mi soneto está tan lleno de mentiras como este cuadro admirable.

Esta española yanki, y tan francesa,
que es toda España—para el mundo,—tiene
un ardor en los ojos, que le viene
de un corazón de virgen satiresa.

Mística, y tan carnal, sabe de amores
únicos y de espasmos indecibles.
Y coloran sus labios los terribles
rojos de las heridas y las flores.

Pasión rugiente duerme en su ancha ojera,
y en el seno magnífico que exulta
un gran valor y un miedo milenario...

Puesta la mano en la gentil cadera,
junto de la morena carne oculta
una navaja y un escapulario.

Aquí termina el libro y la conferencia. Yo quisiera haberos dicho algo de lo que siempre se nos queda en el tintero y que es quizás lo mejor y lo más esencial de nuestra obra. Desearía al menos que no os hubieseis aburrido demasiado. Si así no es, ya no tiene remedio. Sólo me resta pediros el perdón de las faltas, como en las antiguas comedias.

FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

Don Manuel Fernández y González cuyos son los medianos versos que vais á oir no era, sin embargo, más que un poeta, un gran poeta, todo sentimiento, corazón y gracia.

Semejante á esos jóvenes herederos de grandes fortunas que, desconocedores del valor del dinero, lo tiran, derrochan y malgastan, él desparramó y derrochó el oro de su soberbia imaginación sevillana en centenares de obras, que no han de pasar muy allá del tiempo, pero cuyo total asombra, por la riqueza de la invención, la agilidad de la prosa ó la armonía jugosa del verso, y, más que nada, por el número y la vena con que se improvisaron.

Es fama que nuestro D. Manuel llegó á dictar á sus escribientes cinco y seis novelas á un mismo tiempo. ¿Cómo eran esas novelas? Semejante en un todo al viejo Dumas, halló Fernández y González en la His-

toria, en su sentimiento fantástico, pero cuán perspicaz, á veces, de la Historia, el más rico venero para su producción. Las leyendas medioevales, los lances caballerescos del siglo de oro, el penacho, la capa, la espada, el birrete almenado y la flotante garzota, desfilan lujosos por su mundo novelesco, donde la trama, los episodios y las peripecias no suelen tener más lógica que la de un cuento de hadas.

En una ocasión hablábase de cierto personaje llamado Don Diego de Medina y hubo de objetarle uno de sus amanuenses: «Recuerde usted, D. Manuel, que á este Don Diego lo hemos matado en el capítulo anterior.» «No importa, repuso airado el novelista; puesto que yo lo he creado, bien puedo quitarle la vida y devolvérsela cuando se me antoje. Escribe ahí: «De cómo no había muerto Don Diego de Medina.»

Innumerables son sus novelas de este género y de aquellas otras que hacían temblar á las almas sencillas de ha cincuenta años con los lances de bandoleros y caballistas. ¡Oh divinas entregas de á cuartillo de real; adorables librotes inacabables, deletreados al rincón del fuego por el único lector de la casa, mientras en torno junta el miedo, la atención y el encanto las cabezas de oro y las de plata!... Aquellos tiempos pasa-

ron, y no sin enriquecer antes á unos cuantos editores, que devoraron con su prisa y su avaricia el talento y la vida de muchos escritores pobres, es decir, españoles. Uno de esos tiranos fué el célebre Manini, que acosaba sin piedad á Fernández y González. Bien que éste, independiente y ariscote de suyo, lo desesperaba á menudo con dilaciones y morosidades. «Don Manuel: que vienen por el original para Manini.» «Que vuelva *manana*», respondía él muchas veces, y seguía durmiendo tan tranquilo.

Pero volvamos á sus novelas, encanto de la época, y aun encanto nuestro muchas de ellas. Como un admirador entusiasta le dijese después de leer una de sus fantasías históricas: «Parece que ha conocido usted á los personajes.» «No los he conocido—respondió él—, pero los presiento.» Y sí, en efecto, los presentía, los adivinaba, como poeta que era. Y algunas de sus obras, como *Men Rodríguez de Sanabria*, *Pero Gil* y *El cocinero de Su Majestad*, tienen tal sabor de época, de vida, tal carácter de verdad en sus escenas y personas, que prueban hasta dónde, con el reposo y el estudio, hubiera llegado aquel ingenio maravilloso.

Pero reposo, estudio, eran incompatibles con su vida. Y su vida, otra novela de fantasía, que vale qui-

zás más que su obra, no fué más que un derroche constante de energía, de salud, de fortuna. Una bohemia incoercible é incorregible, fecunda en lances y aventuras excéntricas, llena de bellos gestos y de muecas grotescas, de salvajes alardes de independencia—sin más norma que el capricho de una imaginación desenfrenada—pintoresca y amarga... Muchos le habéis conocido. Todos sabéis de él rasgos que lo retratan de cuerpo entero. Recordad, si no, la ocasión en que, habiéndosele mostrado en Burgos la estatua sepulcral de Don Enrique de Trastamara, se fué á ella gritando como un energúmeno: «Vil bastardo fratricida; yo, D. Manuel Fernández y González, el primer novelista español, con más talento y más vena que Alejandro Dumas, te abofeteo.» Y, descargándola sobre el duro mármol, se destrozó lastimosamente la mano derecha...

Alto, huesudo, blanco ya el hirsuto bigote, chispeantes los ojos entre espirituales y espirituosos, ronca la voz, tal me lo recordaba ayer un ilustre amigo mío que le oyó muchas noches en el viejo café Suizo sus excéntricas y admirables concepciones de la vida y de la realidad. «Diga usted, D. Manuel, le preguntó una noche uno de la tertulia, ¿quién ha sido

mejor poeta, Homero ó usted?» «Te diré»..., contestó olímpicamente, Fernández y Gonzalez.»

Para terminar. Si es cierto lo que me han contado de sus últimos momentos, hay en ellos un rasgo único, una frase inmarcesible, que, revelando la firme creencia de todo espíritu grande en el más allá, constituye al mismo tiempo la cifra más clara y la sátira más amarga de su vida agitada y atropellada. Alguien, sentado á su cabecera, le animaba conversando aún de arte y de letras y hablándole piadosamente del porvenir. Don Manuel quiso contestar algo; pero, sintiéndose morir asfixiado por la disnea, sólo pudo exclamar, «No!... me ahogo, me muero.» Y, doblando la cabeza sobre el pecho, murmuró sonriendo: *Se continuará.* Fueron sus últimas palabras. Las mismas que mil veces había escrito al pie de sus folletines.

Un duro y un paquete de cigarrillos constituían el único haber que se encontró en su cuarto desmantelado. Este hombre, que había sido rico, ó ganado al menos montones de dinero, fué enterrado de limosna. Y es que estos seres pasan en manos de la fatalidad por las vicisitudes de esas florecillas que se deshojan diciendo: «Oro, plata, cobre... nada.» (1)

(1) La Sección de literatura del Ateneo de Madrid presidida por el insigne Benaveute, tuvo, en el pasado curso, la buena idea de organizar una serie de conferencias sobre los grandes poetas españoles. A ella pertenece el artículo presente.



LOS LIBROS

UN LIBRO NUEVO Y UN POETA DE SIEMPRE

Dijo á la lengua el suspiro;
échate á buscar palabras
que digan lo que yo digo.

Esta solear la habéis oído cantar y no sabéis dónde; pero os suena á algo conocido ó á algo que habéis siempre llevado dentro. No tiene fecha, no os evoca un nombre de escritor, no os recuerda la literatura, ni los versos, ni el papel impreso. Y al entonarla ó al oirla creéis que es vuestra, que no es de nadie, que es de todos, como ocurre con los cantares del pueblo...

Pues bien; yo voy á deciros de quién es esa copla y otras muchas que como bandada de alondras ó como flores silvestres han nacido en un espíritu inculto de los saberes que se leen; pero aleccionado por la vida, sacudido por el sentimiento y visitado por el «quid divinum», que convierte en poeta insuperable á Juan del Pueblo, cuando canta ó llora las

penas reales, los amores verdaderos de su vida propia.

«*Cantares. Impresiones*», se titula el libro con que el gran poeta Enrique Paradas vuelve á ocupar el puesto señaladísimo que en nuestra lírica le corresponde, puesto que abandonó él á las primeras de cambio, más amigo de ver que de contar, más dado á vivir que á escribir, y por el cual puede decirse que no hizo nunca nada..., si no son sus versos, sus cantares únicos.

¡Los poetas de cantares! ¡Qué pocos han sido! En cuanto hemos dicho Ferrant, Trueba, Aguilera, Tovar, ya no tenemos que nombrar á nadie ó casi nadie.. ¡Los poetas de cantares, almas identificadas con el pueblo en lo de acumular mil años de sentimiento en los cuatro versos de una malagueña ó en los tercios de una seguidilla gitana!... ¡Y, como el pueblo, condenados á la gloria del anónimo!... Porque las coplas no son tales coplas verdaderas hasta que se pierde el nombre del autor y, gotas de llanto ó de rocío, van á parar al mar de la poesía popular... Bien es verdad que á los que las escriben ó, mejor dicho, las cantan ó las lanzan, se les da un ardite de la gloria literaria, y se quedan satisfechos con desahogar el alma. Poetas de la vida, y no profesionales del arte, es solamente

en los azares de su vida donde hay que buscar las raíces de su producción, si nos interesa descubrirlas, lo cual á ellos les tiene sin cuidado... Tan ello es así, que uno de nuestros más grandes escritores y el más versado en la actualidad en materia de coplas, urdió con las del pueblo la historia vulgar y corriente de un Juan andaluz; pero hecha de las cosas eternas que aquella gente canta—el amor, la pena, la madre y la muerte—, cuyo libro es toda la vida y toda la poesía del pueblo y uno de los más hermosos que se han imaginado.

Así, cuando Paradas canta:

Murió mi padre y mi madre,
y tú olvidaste mi amor.
Hoy la gente dice al verme:
Ahí va el Cristo del dolor,

al par que, con la suprema y terrible sencillez de una copla, nos deja el prototipo acabado de la desgracia humana—tan humana, que, cuando alguien quiera hablar de dolores sin consuelo, no podrá añadir nada—, ha dicho uno de los momentos más trágicos de su azarosa vida.

Y cuando dice:

Tú nunca podrás ser buena.
El veneno nació malo,
y sin querer envenena,

hay tal sabor de verdad en los tres versos de esta soleary de verdad sabida á costa del propio corazón, que nadie se atrevería á mover una palabra de la solemne sentencia, tan clara y tan sencilla.

Larga sería de contar, y sabrosísima, la historia de esta vida que ha producido esos cantares y otros muchos y mejores que se contienen en el libro de Paradas. Vida sin más guía que los sentimientos desordenados, aventurera y pintoresca. Una fortuna derrochada casi en la niñez, sin aprender otra cosa que á guiar magníficos troncos de caballos. Los usureros, la ruina. Después, la pobreza; después, la miseria. Luego, el bienestar relativo, y otra vez la desgracia. Y atravesando por todas las clases sociales y por todos los medios de la vida española, aunque siempre aislado de los bajos contactos por la canción que llevaba dentro. En menos de quince años, Paradas ha sido cómico, maestro de escuela, fotógrafo, ¡qué se yo! Y siempre poeta, sin quererlo, sin pretenderlo, sin saberlo quizás...

Pero el que él no lo sepa, ó no le importe, no ha de impedirnos decir que sus cantares son únicos, y que su libro de coplas quedará en los labios y en los corazones.

CANTE HONDO

(INTRODUCCIÓN)

Manes del Fillo, del Perote y de la Andonda. Sacratísimas sombras de Silverio y el Chato de Jerez...

Y vosotros felices continuadores de la verdadera tradición del «cante»... Provecto Juan Breva, insuperable Chacón, celebérrima Antequerana. Nombres gloriosos de la Trini y la Paloma, de el Canario, el Pollo Santa María, Andrés el Mellizo, Tomás el Papelista, por no despertar á toda la ilustre legión de los muertos... Pastora, la de los tientos, Revuelta, Manolo Torres, Fosforito, Niño de Cabra, Ramón el de Triana, Mochuelo, Prada, entre los vivos...

Por vosotros y para vosotros se ha escrito este libro. Y también para ti, sobre todo para ti, hermano Juan del Pueblo, Juan andaluz, Juan sevillano, por excelencia.

Mal digo que se ha escrito, porque las coplas no

se escriben; se cantan y se sienten, nacen del corazón, no de la inteligencia, y están más hechas de gritos que de palabras... Sólo la costumbre de llorar cantando, propia de nuestro pueblo, es capaz de encerrar tanta pena y tantos amores en los tercios de una malagueña, ó en el canto llano de una «seguiriya».

No, no se escriben las coplas ni son tales coplas verdaderas hasta que «no se sabe» el nombre del autor. ¡Y este glorioso anónimo es el premio supremo de los que tal género de poemas componen! Yo he oído en boca del pueblo los cantares de Ferrán, de Trueba, de Montoto, los de Alfonso de Tovar y Enrique Paradas, sin que el pueblo conociese estos nombres, honor de nuestra literatura...

Y, en el fondo, yo mismo, cuando hago cantares, soy pueblo por el sentir y por el hablar:

No canto porque me escuchen
ni para lucir la voz.
Canto porque no se junten
la pena con el dolor.

Yo mismo, andaluz, sevillano hasta la médula (de allí soy, de allí mis padres y mis abuelos), canto, al estilo de mi tierra, los sentimientos propios, sin otra

idea que la de aliviarlos ó exaltarlos, según me duelen ó me complacen...

Si estos sentimientos, por humanos, son á veces, los de todos ó los de muchos, y la expresión les acomoda para cantarlos como suyos, ahí quedan mis coplas, suspiros en el viento, gotas de agua en el mar de la poesía del pueblo...

Cantadlas. Y no hayáis miedo de que yo reivindique la propiedad.

Un día que escuché alguna de mis soleares en boca de cierta flamenquilla en una «juerga» andaluza, donde nadie sabía leer ni me conocía, sentí la noción de esa gloria paradógica que consiste en ser perfectamente ignorado, y admirablemente sentido y comprendido.

Y no quiero más.

NIEVE, SOL Y TOMILLO

(PRIMERA OBRA DEL POETA ANTONIO ANDIÓN.)

Este libro representa dos cosas grandes y sagradas: el amor al arte, y el entusiasmo de la juventud. Es la alegría de vivir, de escribir, de rimar en este mundo desapacible y prosaico: es la divina ceguera de la fe en lo bello, por encima de tanta cosa fea. Es la vida, que palmotea y canta generosa, á pesar de todo.

Obra primera, balbuciente, cruda, llena de espasmos líricos y de garrulerías juveniles, tiene, sin embargo, algo que es la garantía del ser para mañana y la ejecutoria y blasón de un noble y verdadero poeta. La originalidad casi absoluta, el «estilo» por completo independiente de las actuales modas y corrientes poéticas, en que no pueden menos de caer—hijos de su tiempo al fin y al cabo—casi todos los jóvenes principiantes.

No. En estos «versos de la Sierra» no hay reminiscencias de los grandes vates castellanos que cantaron y cantan «serranillas». Pero sí hay, en muchos momentos, la severidad escueta y castiza de los primitivos. Y, casi siempre, el acierto y el tino que distingue al poeta de los demás seres, cuando quieren pintar un paisaje ó un estado de alma.

Oidle, si no, cuando dice la «Paz de la tarde», bajo el cielo frío, sobre el suelo helado del paisaje serrano:

El sol con fugaces lampos
simula iris pasajeros,
tiembla en lejanos senderos
alguna copla serrana,
mientras que la sombra gana
el aire triste y dormido,
y en el silencio prendido
queda el son de una campana.

Los dos últimos versos son del todo magistrales.

Hablando de «El Pinar», gran señor en todo el libro, tiene una sinfonía en mil matices de verde, donde hay frases tan atrevidas y tan sugestivas como esta:

Y el monte aquietado lanzando un quejido,
parece que tiene también corazón.

Ved ahora con qué sencillez os da la noción exacta de esas claras «tardes de luna», frecuentes en la sierra:

> Y la luna va ascendiendo
> milagrosa entre pinares.
> Luna bella, luna bruja,
> del crepúsculo en la tarde.

O de cómo el sol, cayendo tras los picachos de Guadarrama:

> es, puesto en la cumbre que le va mordiendo,
> como puerta de oro del cielo, cerrada.

Todo esto es agrio y frío, como conviene á la naturaleza serrana y paramera que el poeta contempla. Pero á veces el hielo se funde, el aura se entibia y el sol calienta y reanima el campo y el cielo. Y

> en la paz del crepúsculo es la tarde
> galante madrigal escrito en oro:

O, bien, como un llanto benéfico y humano—el poeta lo dice—, la lluvia cae dulcemente sobre la valiente pineda, sobre los barrancos y tremedales. Y entonces:

> Detened, los zagales,
> las canciones de amor,

que está el cielo serrano
llorando su dolor.

Y luego, como una sonrisa de niño, amanece esa mañana deliciosa, que tan bellamente sabe sentir y decir el poeta:

Como moza de fiesta
despertó la mañana,
bullidora de risas,
deslumbrante de sol.

Y más adelante, en «Sol de invierno»:

Mañanita limpia,
mañana de sol,
suave, tibia, hermosa,
como un nuevo amor.

....

Hasta aquí el paisaje. Ahora, las figuras. Estas aparecen en las dos partes del libro, que se titulan «Romances del pueblo« y los «Varios poemas», con que la obra termina.

Las figuras... Son pocas y simples, como cumple á este escenario tan grande y tan desolado. Son mozas y mozos de fiesta ó de trabajo. Ancianas caseras y viejos leñadores. Pastoras y zagales, cabras y lobos...

Música de dos solos instrumentos: tamboril y gaita...

Pero la misma justeza, el mismo ingenuo acierto en la pintura de las costumbres que en la del paisaje.

Ved cómo en una «Tarde de fiesta», bajo el pobrə sol del pueblecillo serrano,

Ya rebrinca el tamboril,
la alegre dulzaina suena,
ya, van pasando los mozos
sobre el hombro la chaqueta,
mirando hacia los balcones
donde las mozas se arreglan.

Y asomáos luego á la vida cotidiana de estos míseros leñadores milenarios:

Grazna un grajo, silba el aire,
crepita la lumbre, el viento
llamando está á los cristales,
ignorado mensajero.
—¿Te acuerdas?...—la vieja, dice.
—Me acuerdo—dice el abuelo.
Y la leña que cortada
fué de fuerte tronco viejo,
crepitando en el hogar
parece decir: Recuerdo...

—

De propósito he dejado hablar sólo al autor para poder terminar esta vaga impresión mía, diciédoos:

Saludemos ahora la aparición de un nuevo poeta como cumple á tan raro y fausto acontecimiento.

Poeta de hoy, y sobre todo de mañana, Andión no es modernista. Andión es moderno en el gran sentido de la palabra; es decir, independientemente de lo viejo... y de lo nuevo. Trata sencillamente de ser «él mismo», y se busca y se persigue, no á través de los libros ni de los aplausos del vulgo, sino ante el espejo de su propia vida y de la Naturaleza que se ofrece á sus ojos. Aislado entre pinares y barrancos del Guadarrama, habitante de las nieves casi perpetuas de la Carpetana, en una época de su vida, nos da este primer libro de versos serranos é inverniegos, que saben al tomillo y á las jaras amargas de la montaña fría.

Es su primera copla. Vamos á escuchar.

UN NUEVO POETA Y SU SEGUNDO LIBRO

«SERRANIEGAS», POR ANTONIO ANDIÓN

Este nuevo poeta que nos presenta hoy su segundo libro, Antonio Andión, el joven escritor que obtuvo uno de los primeros premios en el concurso de la Academia de la Poesía Española, publicó aún no hace dos meses el tomo premiado, *Nieve, sol y tomillo,* que ha obtenido un verdadero éxito. Hoy nos da un nuevo libro, titulado *Serraniegas,* con el cual termina, por ahora el ciclo de sus coplas serranas.

Sin entrar hoy en un detenido estudio, que la crítica hará, ó debe hacer en su día, del flamante escritor y de su labor, quiero yo adelantar no más mi impresión sobre la personalidad del poeta en general, con motivo de este su segundo libro, en particular.

Y noto en primer término una cualidad harto rara en nuestros poetas de estos últimos días, y que para mí constituye la más segura garantía para que una obra me interese: la sinceridad.

Consecuencia de lo sincero de un escritor es la naturalidad de la obra en el fondo y aun en la forma. Esa difícil y encantadora naturalidad que da á las creaciones del arte la divina gracia de las plantas que crecen en el aire libre, bajo la luz inimitable.

Un ligero examen de *Serraniegas* dirá todo esto más claro.

Quiero mi alma templar en la aspereza
y en la grandiosidad de la montaña,

comienza diciendo el poeta, enamorado del paisaje serrano. Pero sabe muy bien que esta nieve del monte no es la nieve de las cuartillas. Y que aquella Naturaleza salvaje y huraña y fuerte, no se entrega á

Aquel que no ha escalado del monte las alturas,
ni en su belleza agreste un momento ha vivido,
ni el vuelo de las águilas cerca de él ha sentido,
ni ensangrentó su mano entre las quebraduras.

Y entonces se entrega él á su vez, por completo.

¡Sólo ella grandeza es toda!
¡Sólo este amor es el grande!

Y así, entra de lleno en la vida del campo, que va á ser su vida y va á ser su libro. Y baja á las cañadas,

y trepa, entre breñales, á los picachos de la cumbre. Y, todo ojos y oídos, escucha los diálogos campesinos que inmortalizaron á Santillana. Leed las poesías «La misa del domingo», «La posada», «El santero». Y notad cómo los escenarios y las figuras están sorprendidas en la más clara realidad, sin mezcla alguna de literatura. Sólo una vez se mienta aquí el escritor, cuando dice:

Es del trabajo mi mesa,
sencilla, como yo soy,
y en ella en las solas horas
tejiendo mis rimas voy.

Pero también se siente en torno de este cuadro, y entrando por la ventana de la casita rústica, el gran suspiro de la madre tierra.

Lo demás todo es paisaje, sin olvidar las grandes cosas importantes de tierra y cielo. «La carretera», «El camino de Santiago» tienen dos hermosos poemas en este libro. La carretera monótona, blanca, inacabable, tiene, además de los mendigos y caminantes de ordinario, sus dolores fantásticos, que canta en los árboles el medroso «cárabo», y sus tragedias reales y antipáticas; pero tan humanas...

Señores civiles,
no aprieten la cuerda,

clama el pobre preso conducido por la interminable calzada.

Pero estas escenas desfilan pronto y se esfuman rápidamente en el mar del campo y el monte, verdadero y único protagonista. Y en los días estivales

El suelo es luz, el paisaje
de la montaña bravía,
con brumas de lejanía,
es todo un verde celaje.

Ved ahora una «Tarde en la Sierra»:

Placidez de la tarde campesina,
quietud la de los valles alejados,
piar de golondrina,
los montes azulados,
verdor de la colina.
Y un reir de la brisa entre pinares,
y un cantar de la fuente rumoroso,
y una voz de mujer.

De la mujer, que puede y debe estar allí.

Pastora zahareña
que desde ingente peña

mirando estás el trasponer del sol,
la de cara trigueña,
la de mano pequeña
y el pelo cantueso y ababol.

. . . .

una voz de mujer
divina y melodiosa
nuestro paso mecer,
el rezo de la brisa entre el pinar,
andar, andar y andar,
en la tarde dichosa
oro, azul, verde y rosa.

Esta es la que se mete por el alma del poeta, y convirtiéndolo ya en un personaje propio de aquellos riscos, le ayuda á codearse con pastoras y zagales, tomando parte en sus conversaciones sobre el lobo y las estrellas, presenciando la graciosa disputa y comilona de «Entre brutos anda el juego», y, finalmente, haciéndole cantar coplas serranas con ellos y tan serranas como las de ellos mismos. Oidlas. Yo no conozco nada tan sabrosamente popular y campesino:

Eres chiquita y blanca
como la flor del tomillo,
el perfume de tus besos
tienen su perfume mismo.

—

El querer he comparado
á una cuerda de guitarra:
si está muy floja, no suena;
si está muy tirante, salta.

—

Como la flor del espino
tiene mi novia la cara,
y como ella tiene espinas
que en el corazón se clavan.

Y las coplas son muchas.

Pero Andión, que no volverá á ser más poeta serrano, por lo mismo que lo era de verdad, termina su libro con una despedida á sus lares serraniegos, tan llena de amor, que hace venir las lágrimas á los ojos:

Adiós, sierra amiga,
que vuelve al camino,
en pos de unas luces que ciegan y abrasan,
mi incierto destino.

La vida lo aparta lejos de esta grandeza serena. Otras cintas van á ponerse en su cinematógrafo. Pero en el espíritu quedan la paz y la fuerza.

Alma de la sierra,
tu amor es mi guía,

ungidos mis ojos irán para siempre
de tu poesía.

Y al final:

Y allá va el rapsoda
su vivir glosando.
¿Qué días me esperan? ¿Qué noches me amargan?
¿Quién oirá mi canto?

Todos, noble poeta, lo escucharán con deleite, mientras sea sincero y claro como hasta aquí.

Yo he atravesado, como un viajero del expreso, por tu campo y tu libro. Otros se detendrán á coger las florecillas franciscanas de que está sembrado. Y esto será ahora que tus versos pasan á las manos del público, y la crítica de tu obra «á más señores».

UN PASEO Y UN LIBRO

Acabo de dejar á mi hermano y á un amigo que es también mi hermano intelectual.

Veníamos charlando arte y literatura y criticábamos á un viejo crítico, el más viejo de todos.

Al embocar en Recoletos, desde la Cibeles, señalando á la carrera de la derecha, dijo el amigo:

—Por allí hace sol.

—Y por aquí *hace* gente—observó mi hermano. Seguimos, sin embargo, la acera de la izquierda, no muy animada todavía. Las cinco de la tarde. Y luego en Colón cruzamos á la derecha. No habíamos evitado la gente ni íbamos á ahorrarnos el sol, por lo visto. Para el caso que nosotros le hacíamos...

Al despedirnos para mañana, mi amigo me dejó uno, de dos libros que había comprado, *Antonio Azorín*, de Martínez Ruiz. Un libro tibio, callado, un tanto seco, con descripciones de tierra pobre de Castilla

y de almas serias, un tanto inquietas, sobre todo la del protagonista *Azorín*, José Martínez Ruiz. Libro bien escrito, sin adjetivos ni desvaríos de imaginación, muy cerca del verdadero saber del arte, y donde está bien dada la sensación de quietud, que pacifica mi alma de verdad, como cumple á un buen paisaje grisote y tranquilo de los que él cultiva, siente y habita durante muchas temporadas del año.

Todo esto vi abriendo el libro, con una tarjeta que saqué de la cartera cuando emprendí solo el camino del sitio adonde pensaba ir desde esta mañana...

Pero la posesión del libro, la tranquila y buena curiosidad que me inspiraba y la calma del día que se iba, me pusieron tan bien con mi soledad ambulante, que decidí no ir á ver más gente y emprender la vuelta á mi casa por caminos poco frecuentados y largos, para tardar mucho y gozarme toda aquella tarde pacífica y mi buen libro hasta donde pudiera.

Y como el que deja la brida suelta á la cabalgadura, nada inquieto del paso ni de la ruta, me dejé ir por una de las transversales de la Castellana que van á la calle de Almagro, y con un vago designio de pasar luego por el paseo del Obelisco ó del Cisne, antiguos barrios míos...

El libro iba alimentando en mí la tranquila dispo-

sición de contemplar. Desinteresadamente y sin gran curiosidad.

De cuando en cuando, al terminar un capítulo, reconocía los sitios por donde iba pasando y saludábalos según se me presentaban. Otras veces, abstraído en las elucubraciones del buen Azorín, pasaba sin ver, y sólo el olor me daba la sensación del cambio de lugar; las calles huelen de modo diferente, aunque mal casi todas. Paseaba, lee que te lee, sin mirar alrededor, como caminante acostumbrado ó indiferente

El ansia de paz y de vistas inofensivas y algo sosas que padece Antonio Azorín en sus cartas á Pepita, se me comunica dulcemente—á mí sin angustia—y no dejo de saborear lo solitario y tranquilo de mi itinerario, bien iluminado y no muy caluroso, gracias á la próxima puesta del sol de hoy.

Ahora son las calles de Orfila, Zurbano, Doña Blanca de Navarra, Monte Esquinza, todas iguales, todas solitarias y tranquilas, con ese aspecto recogido de las barriadas ricas. Alguno que otro cochero, en traje de faena, limpia unos arreos, prepara un coche. Aquel tiene puesta ya la corbata blanca, y el estirado cuello y el sombrero de copa, mientras en mangas de camisa da la última mano á los metales de un collerón... Por lo demás ni un alma, las ventanas cerradas. Las

puertas cocheras, color sepia ó siena, festoneadas algunas por hiedras ó parras, se abren como un bostezo en el fondo de los patios, cuyo suelo de granito está siempre lleno de agua...

Algunos hoteles rodeados de jardín, un jardín pobre, avergonzado de verse así en mitad de la calle; otros jardines, muy pocos, á la andaluza, están dentro de las casas como un amable secreto y se columbran por tal cual ventanilla entreabierta.

En la calle, nadie. Ante un gran portalón un coche parado.

Vuelvo mis ojos al libro y Azorín sigue presentándome el alma turbia y resignada de las llanuras manchegas. La costumbre de la muerte. La conformidad de la inopia. Y pasan páginas sórdidas con viejas y viejos labriegos pobres y menguados. Un cuadro ancho de paisaje con muy pocas figuras, como conviene al asunto, que es la soledad y la tristeza de la meseta.

La figura animada de Pepita, con ojos prometedores y labios rojos, es lo único que vive en el cuadro parduzco en que se mueve Azorín.

A mí tampoco me llama la atención nada de cuanto me rodea. El libro y el Madrid que recorro son de una calma absoluta, y cuando llego á la amarga pro-

testa de Verdú contra la vida parda y sórdida á que está condenado, cuando llego á sus ansias de juventud eterna y á sus angustias por el espíritu que se le va, me quedo algo asombrado y separo la vista del libro para dejarla caer sobre el paisaje.

Ahora he llegado á la esquina del paseo del Cisne, que ocupa inmenso taller de cantería. Los gruesos bloques de caliza y granito, ya algo regularizados, tendidos en el suelo, llegan á la cintura de los hombres que los labran con grandes cinceles y martillos de hierro. La postura de estos obreros, es quizás la más antigua *pose* de los hombres. La del primitivo trabajador megalítico. El taller es un inmenso campo estéril cubierto de arena de sílice y lascas de caliza y rodeado de una pequeña muralla ciclópea.

Al fin la presencia de un hotel de muy mal gusto en forma de castillo medioeval, que á mí me gustaba mucho hace quince años, me advierte qne he llegado al paseo del Obelisco. Los arbolillos me han acompañado en dos hileras á derecha é izquierda durante casi todo el camino, y están aquí también, como invitándome á seguir entre ellos, con un engaño de sombra á lo largo del antiguo paseo tan conocido mío.

Continúa todavía el buen aspecto de estos arraba-

les, pero ya estoy casi fuera de la población. No hay que pensar en trenes de circunvalación y ferrocarriles de cintura. Hay, sin embargo, un viejo tranvía polvoriento que pasa cada hora. Lo acaban de establecer y parece ya una institución antiquísima. Es virtud de la tierra. Leo Azorín. Se enfrasca en disquisiciones sobre agricultura, industria y clericalismo. Mis ojos columbran también aquí dos ó tres chimeneas de fábricas y las muestras de algunas industrias extranjeras. Y por todos lados conventos, oratorios con sus iglesias y capillas. Uno de frailes, otro de adoratrices, que es muy aristocrático, el de San Fermín, las Reparadoras, el oratorio de...

Un acontecimiento en mi paseo. El hotel de La Institución Libre de Enseñanza donde yo me eduqué. La vieja casa tiene también un gran jardín interior; pero este jardín no es como los otros un secreto para mí. Es un viejo amigo. Yo lo he corrido mil veces, lo he cultivado, cavado, podado... ¡Oh días benditos! Oh casa bendita por la presencia del santo Giner de los Ríos, el maestro adorable y adorado!...

La vieja plancha de metal sobre la ancha puerta verde con su letrero, ha despertado en mí el mundo de hace quince años, y al saludarle, casi llorando de cariño, he visto el timbre que tocábamos para entrar,

alzándonos sobre las puntas de los pies. Ahora está ya mucho más bajo... Es decir, yo no tendría que empinarme para alcanzarlo.

Otro convento, y desemboco en la Glorieta de la Iglesia. Chamberí. Otra cosa. El barrio populoso y obrero. Los árboles ya no están contentos aquí. Las calles se pueblan de gentes pálidas y sucias. Pero hay gente, tiendas, industrias. Se acabaron los hoteles, ahora son grandes casas de muchos pisos, grupos á la puerta, tranvías, carros, algún coche.

El día se va acabando, y leo apresuradamente el final de mi libro encantado con Sarrió, que come bien, es generoso y no se preocupa de nada.

Olores acres me advierten el cambio de lugar. Una frutería, una tienda de ultramarinos, tabernas, estancos...

A la puerta de una tienda retozan unos aprendices que han dado ya de mano. Al verme tan ensimismado en la lectura, empiezan á sisear con objeto de reirse á mi costa si vuelvo la cabeza.

Pero yo he terminado ya, cierro mi libro, lo guardo, recompongo mi aire de transeunte vulgar, y ya con el paso de el que va á algún sitio, cruzo á la calle de Fuencarral y me meto en casa.

Mi madre está encantada con la florescencia de un

jazminero que ella tiene en el balcón, un milagro, una cosa inverosímil, jazmines aquí, en Madrid.

Pero yo vengo dispuesto á no saber de nada, sino escribir algo sobre el libro que me ha acompañado á paseo. Y escribo mucho y lo rompo, y por fin, encarándome con Azorín, le digo:

Tiene usted razón. El país de Castilla es pobre y perezoso y tiene que estar triste naturalmente. También es rutinario, la inocencia antipática de la rutina. Está desocupado y preocupadísimo. Se inquieta de la muerte y no de la vida. Y eso es congénito en él. Y Madrid es la digna capital de ese pobre pueblo.

Pero es muy hermoso el cuadro en que usted lo pinta así, y usted ha hecho lo que le competía. Esté usted tranquilo.

JERUSALÉM

POR E. GÓMEZ CARRILLO

Ha pasado el verano con sus fuertes luces y sus miles colores. El verano centrífugo y expansivo. Las gentes y los espíritus empiezan á volver á casa con las primeras lluvias del Otoño. El mismo cielo, embozado ya contra la contemplación, parece rechazar nuestras miradas y convertirlas hacia la tierra y hacia nosotros mismos, llorón, grisiento. Es la hora de recogerse y de leer.

Y, sin embargo, el primer libro que está sobre mi mesa, no es un libro otoñal, sino claro y meridiano. La admirable pintura hablada de que están llenas sus páginas, y que se mete por los ojos al par que por el ánimo, prolonga en mi espíritu las sensaciones luminosas y estivales. De entre sus estrofas, que tal pudiera llamarse á estos capítulos perfectos, se exhala el

aroma, que trasmina, á los nardos de Oriente: *Jerusalém.*

Si tomáis la imaginación exuberante y la gracia lírica del padre Dumas y el admirable Teo, y la templáis con la escueta elegancia, con la justeza evocadora de la palabra de Loti, tendréis la fórmula más compleja y completa para escribir hermosos libros de viajes.

Pero si añadís á estos elementos formales el más inquieto espíritu poético de nuestro tiempo, una superficialidad, aparente no más, que convierte el toque en caricia y el paso en vuelo, un misticismo flor de escepticismo la más exquisita y un sentimiento profundo y consciente de la inmensa tristeza judía, estaréis en el camino de saborear este gran poema de Gómez Carrillo, que se titula *Jerusalém.*

En efecto, si la maravilla de la moderna literatura consiste en ser una especie de conjuro por el cual las cosas hablan, los paisajes lloran ó ríen, las ruinas traicionan sus recuerdos; pocas veces he visto yo brotar más clara, más expresiva y evocadora, la realidad á través de las páginas de un libro.

Lo que es hoy la Tierra Santa, tiene en la obra de Carrillo tanta memoria del pasado, tanta añoranza de lo que fué como en la propia realidad conserva. Tie-

ne, además, toda la noción de lo que aguarda la infatigable esperanza israelita.

Pueblo de nyer tendido hacia el mañana, Carrillo ha sabido, y esto es el *leiv motiv* amargo de su obra, el presente de este pueblo sin hoy; constante aspiración angustiosa y vida de no vivir. La conquista del oro—, Carrillo nos lo confirma en párrafos inspiradísimos—no íntegró nunca el ideal de este pueblo de pastores, guerreros y sacerdotes...

Pero coordinemos un poco estas impresiones en obsequio del público, ya que la obra de Carrillo viva y palpitante escapa á la crítica como la vida misma. Viajemos con él.

Damasco, la ciudad de todo tiempo, con la poesía de los jardines interiores, le revela toda el alma musulmana, religiosa, celosa, voluptuosa. A ella se refieren los capítulos que describen la Meca, los peregrinos á la Kaaba, el Serrallo del bajá Djenín. Aquí son los patios blancos y frescos festonados de jazmín, los ricos oros de las tapicerías de Bagdad y de Persia, impregnadas de los capitosos perfumes orientales y el humo balsámico de las narghilés; pero todo ello íntimo, rodeado de muros, en Sevilla blancos, aquí pardos ó grisientos, ciudadelas de voluptuosidad, jardines recónditos cuya alma es el agua y cuya

voz (yo la he oído en la Alhambra) es el agua también.

Luego son los campos y los mares por donde anduvo Jesús. Tiberiades, El Santo Lago, El Tabor, Nazaret, los nombres sagrados que hay que oir de rodillas. Jerusalém. La divina figura, evocada por el poeta con una unción complejísima de arte, de sabiduría y de sentimiento, diviniza estas páginas. Leedlas con toda devoción.

He aquí—para terminar—lo que el más alto crítico francés, Paul Souday dice en *Le Temps* á propósito de la edición francesa de la *Ierusalém* de Carrillo.

«No se va á Jerusalém con las mismas disposiciones que á Grecia y Roma. Peladan fué quizás el único que la visitó con preocupaciones estéticas y, claro, salió desilusionado. Sin caer en el mismo error Chateaubriand y Loti se aburrieron también. Loti lo confiesa, Chateaubriand lo deja adivinar. Gómez Carrillo, en cambio, conmovido y conquistado por esta atmósfera de fe ardiente, sin reparar en la fealdad material, ha considerado las almas y evocado, sobre todo, los recuerdos del Evangelio. «Los monjes, dice Loti, han realizado el milagro de convertir á Jetsemani en algo vulgar y mezquino». Sin discutirlo, Carrillo, descarta toda mezquina vulgaridad y subordina lo contingente

y profano á lo esencial, es decir, á lo divino, y así acierta de lleno. Un viaje á Tierra Santa es siempre en cierto modo, una Cruzada.

Cruzada última de arte apasionado, consignada para siempre en este libro que devenido ya mundial, quedará como uno de los más deliciosos poemas que se han escrito sobre los Santos Lugares.

INTENCIONES

AUTOCRÍTICA

Carta al poeta Juan R. Jiménez.

La vida, Juan, á despecho de nuestras canciones, es una cosa bastante pesada y difícil. Sus olas (ya que hemos convenido en compararla al mar) más parecen de plomo fundido que de otro líquido más liviano. Su corriente nos arrastra á veces más tiempo del que pensamos y con fuerza mayor que la de nuestras mejores voluntades.

Todo esto para decirte cómo, deseando haberte escrito antes, se han pasado los días y los días; verdad es que, siguiendo en el símil anterior, y como el náufrago al hundirse arroja á las olas la célebre botella, yo te envié mi libro por delante. Habrás recibido *El mal poema*, por el que te suplico que no me quieras del todo mal. Conozco la delicadeza de tu espíritu y sé que te *chocan* ciertas trivialidades y malsonancias de que por desgracia está lleno nuestro vivir. Pero creo haberte dicho en mi descargo que, no sólo se

canta lo que se ama, sino lo que se odia más cordialmente. En suma, todo lo que de veras nos impresiona.

Hay una apariencia y quizás una substancia tal de vida en algunos de mis *malos poemas,* que, reflejando, en efecto, la vida de muchos jóvenes de mi tiempo, han podido parecer y han parecido destellos y reverberaciones de la mía propia.

Cierto que yo he visto, oído, gustado, muchas de esas cosas cuyo sabor amargo se nota en mi libro. Pero, platónicamente, ó mejor, como espectador, pura y simplemente. Lo que hay es que no todos son dueños de elegir sus espectáculos. Una fortuna independiente pone á un poeta como tú en condiciones de escoger su jardín y aislarse para vivir en toda belleza.

Yo no sé si á mí me hubiera ocurrido otro tanto. Y aun presumo que no, porque soy inquieto de mío y de natural turbulento.

Los talentos poéticos que más me asimilo son Poe, Heine, Verlaine, nuestro Bécquer, aventureros del ideal á través de las pasiones amargas y de la *vida rota.*

Congenio con ellos, pero no los amo. Mi gusto sería vivir y escribir las serenidades bucólicas de un Virgilio ó —más abajo— los elegantes y fríos madrigales de los clásicos siglo de oro, paisanos míos. Es

escuela sevillana tan fina y tan fría. O en todo caso, ser un Horacio á lo Fray Luis.

Cuán lejos de todo eso me veo yo mismo en *El mal poema,* y cuánta vergüenza me causa, en el fondo, haber dado á la estampa algo que pueden parecer cinismos de un libertino, no siendo en realidad más que impresiones de un ingenuo archisensible.

Tú, beato, tú, dichoso desde tu rincón florido, lejos del ruido mundanal, despójate de la última pasión (la de odiarlas todas), para leer esos versos, y no pienses que tu sensibilidad ha de quedar más herida con leerlos que la mía con escribirlos... Mucho más te diría en mi abono, pero temo fastidiarte, y además ahora me toca á mí escuchar lo que tu fino y puro y fuerte talento quiera responderme sobre el particular.

Hablemos ahora de ti. Se me ha dicho (no sé con qué fundamento) que pensabas realizar todos tus bienes y largarte á correr mundo. No me has pedido consejo, ni lo necesitas. Yo aplaudo tu arriscamiento á una sola condición: la de que conserves el rincón florido para la vuelta. Porque ese es el final necesario, volver á soñar. Cuando hayas vivido, cuando hayas gozado, y más sufrido, placeres y penas reales, no estarás mucho más adelantado que ahora.

Pero preciso es que así sea, so pena de convertirse en una figura de paisaje. (¿Qué mal habría en ello?) Pero, en fin, tienes razón, la vista de una sola cosa, por bella que sea, acaba por devenir una pesadilla. Y, además, los sentidos y el corazón que no se ejercen, se atrofian y languidecen. Preciso es vivir, y bueno está correr mundo, ya que no hay otra cosa que correr. Pero, te lo repito, conserva tu rincón para la vuelta y que Dios te bendiga en el camino.

POR LA CAPA

Yo no soy un tradicionalista á ultranza. No creo con demasiada ferocidad en aquello de que

cualquiera tiempo pasado fué mejor.

No protesto de lo nuevo, que, al cabo, se hará viejo también, pena de la vida... Pero entiendo que no por admitir los flamantes adelantos se han de perder y echar al olvido las cosas útiles y bellas de los días atrás. Filosofía bien burguesa y llanota si queréis, pero bien intencionada, de aprovecharlo todo. Tiene sin duda lo modernísimo el encanto y la frescura de lo joven, un encanto fuerte. Pero hay en las cosas antiguas también su agrado, su magia especial, un encanto delicado y fino á través del tiempo, gran poeta. Y hay algo más, hay el carácter. Yo comprendo, en una palabra, que aceptemos regocijados el admirable automóvil, devorador del tiempo y del espa-

cio, y el maravilloso aeroplano. Y con el automóvil y el aeroplano, todas sus consecuencias, empezando por la indumentaria, que yo quisiera, á la verdad, un poco más artística ó menos fea, siquiera. Pero bien está, si así conviene. Lo que no comprendo, en cambio, es que los españoles hayamos abandonado tan de prisa algo nacional, cómodo útil y bello y español: la capa.

Ya estoy oyendo decir á nuestros grandes filósofos y moralistas que no vale la pena de molestar la atención de nadie por semejantes trivialidades. Y á los escritores compañeros, que éste es el enésimo golpe que se da al asunto de las prendas nacionales, la mantilla, la capa, etc.

Pues bien; no hay tal trivialidad, señores filósofos. Pues bien, amigos míos, los muchos golpes habrán sido flojos. Y el toque está en dar uno bueno.

La capa es... positivamente: un abrigo cómodo y eficaz. Estéticamente: una prenda graciosa, original y elegantísima. Moralmente: una insignia, un emblema del carácter español.

Se demuestran las cosas. El frío nacional tiene su tipo: es rápidamente variable y requiere un abrigo que rápidamente se amolde á combatirlo, más ó menos susceptible de proporcionar diversos grados de calor

según la forma que se le dé. Este abrigo variable no puede ser otro que la capa.

Negar que la forma flotante, airosa y gallarda de la capa es una de las creaciones felices de la indumentaria, no se le ha ocurrido á nadie. Si, en efecto, el quid de la elegancia en el vestir está en el sello personal estético que podemos imprimir á nuestra ropa, ¿qué prenda más capaz de plegarse á nuestro gusto é idea que la admirable pañosa? Un gabán, por bien hecho que esté, estará siempre hecho, y no podrá tener más forma que la que le haya dado el sastre. A la capa, en cambio, se la dais vosotros. Y en eso está el toque de su elegancia única. ¿No es verdad, Tamames, Mendoza, Medrano?...

Hay, sin duda, motivos de índole moral que alejan, tal vez para siempre, la capa clásica de nuestra vestimenta... Aires de fuera nos la han arrebatado de los hombros.

Pero cuida, que, cuando estemos del todo europeizados, no vayamos á *retraducir* nuestra propia capa del inglés ó del francés.

LA CRÍTICA

En España la crítica sigue á la opinión. Ahora bien; como no hay opinión no hay crítica. Son pocos los que leen, menos los que se enteran, y nadie leerá dos veces. No hay quien reuna—sinceros—tres votos en este santo país del individualismo. Pero esto mismo —tan hermoso—en literatura hace daño. Las reputaciones están siempre al comenzar, y el hielo, roto un instante, vuelve á unirse luego, y vuelta á la ímproba labor de abrirse camino.

He dicho que no hay crítica. Lo que no hay es público. Críticos somos todos, y todos autores. Así, aquí las reputaciones se hacen personalmente: el que conoce mayor número de individuos es el más famoso. Sólo el trato social nos suma lectores ú oyentes. Jamás he visto un libro de nadie en manos de quien no fuera su amigo ó enemigo personal... Dicen que

fuera de esto hay la gran masa de gente, el público verdadero, que no sabe si soy alto ó bajo, rubio, moreno... No lo creo... Esos no leen, entre otras razones, porque no saben leer.

EL PALACIO DE OÑATE

El Madrid viejo se va definitivamente. Poco golosos de arte, nada tradicionalistas—á pesar de bien rutinarios—, nulamente aficionados á la Historia, nuestros contemporáneos madrileños prefieren el ensanche y la urbanización á los pintorescos recuerdos del pasado. Es un criterio como otro cualquiera, y no hemos de impugnarlo, aunque no faltarían para ello razones tan modernas, prácticas y hasta utilitarias como las que mueven la piqueta demoledora.

Séanos lícito, en cambio, entonar nuestro salmo de adiós á las viejas cosas bellas que desaparecen.

Yo respeto, como no puede ser menos, los motivos económicos ó de cualquiera otra índole puramente privada que los actuales propietarios de la casa de Oñate han tenido para deshacerse del célebre palacio y aun para deshacerlo.

Yo aplaudo el rasgo de noble generosidad por el

cual donan al Museo Arqueológico la magnífica portada de piedra (su principal ornamento), y sé que los ilustres arqueólogos Amador de los Ríos y Alvarez Ossorio, director y secretario de nuestro Museo, le procurarán apropiada y excelente exposición en aquella casa de nuestra historia monumental.

Pero dejadme lamentar ahora la ruina definitiva de mi calle Mayor, de esa admirable calle Mayor, toda Felipe IV, á quien pronto imprimirán solamente ¡cuán otro carácter! los edificios de Tournié y de la Compañía Colonial.

....

Felipe es el rey mayor.
Luego ha sido justa ley
la calle mayor llamar
á la mayor del lugar
que aposenta al mayor rey.

He aquí la graciosa explicación que por boca de un alcalde de corte nôs da Narciso Serra del bautizo de esta calle. De cualquier modo, su solo nombre evoca la época quizás mas interesante de nuestra Historia. La calle Mayor con las gradas de San Felipe Neri, el célebre mentidero de hidalgos, clérigos y viejos capitanes vuelta de Flandes, Italia, Portugal y

el Franco Condado; escenario y palco de indianos liberales y conquistadores pobres, regreso de nuestra buena América. Botín, la más vieja repostería madrileña, anterior á Quevedo.

Es fama que el gran D. Francisco la visitaba á menudo y hacía honor á los suculentos platos de la vieja cocina española, los célebres asados de lechón y de cordero, que perturbaron más de una vez el sueño de los cetrinos y estirados hidalgos que desfilan por las novelas picarescas... Calle Mayor, vivió y murió Calderón de la Barca. Calle Mayor, en esa preciosa plaza de la Villa, afortunadamente restaurada—*rara avis*, en cuanto á la casa de Cisneros, aunque todavía le sobran los anacrónicos jardinillos del centro—, está el palacio de los Lujanes, en cuya torre tuvo Carlos V tres días prisionero al Rey Francisco de Francia, el cual se escapó las tres noches en busca de aventuras, según cuenta la fama... El Rey Francisco daba al bondadoso alcaide su palabra de volver..., y volvía, en efecto, con el alba, á encerrarse en su prisión. ¡Oh lejanos tiempos caballerescos! El Duque de Rivas hace en su comedia, titulada *Solaces de un prisionero ó Tres noches en Madrid*, que el Rey Francisco encuentre al Emperador en una de estas escapatorias nocturnas, y ambos se acuchillan sin conocerse, que-

dando admirados del mutuo valor y bizarría. ¡Oh días aún cercanos del romanticismo y ya tan idos como aquellos otros!...

Calle Mayor... el buen palacio de Oñate, que acaba de venir á tierra con su enorme poder rememorador y su característico sello setecentesco, evocaba la gran figura y el alto nombre del poeta galán, orgullo y terror de la corte de Felipe IV. D. Juan de Taxis, el Conde de Villamediana, cayó asesinado en aquel gran portal nobiliario. Dícese que murió de orden regia, que *sus amores fueron reales*, que *picaba muy alto*. Fué, en todo caso, un grande hombre, lleno de poesía y de valor. Gran tirador de espada y daga, gran rimador de epigramas y madrigales, amante de la gloria y de las mujeres y amado de ellas y temido de los demás. Tal fué, tal le recordaba hasta ayer el antiguo caserón, sólidamente lujoso, cuyas herradas puertas (que no sé si entran en el lote ofrecido al Museo) son las mismas que se cerraron sobre su cadáver ensangrentado...

Adiós, pues, vieja casa evocadora, y contigo, adiós, poco á poco, los recuerdos vivos del todo Madrid siglo de oro, que cruzó ante tus umbrales para las fiestas de toros y cañas de la Plaza Mayor, para los saraos y comedias de antiguo Palacio, para las verbe-

nas del río, para el incendio de la casa de Uceda. Adiós, cortesanos, caballeros, soldados, clérigos, pícaros y señorones. Los que peleásteis en Flandes, los que volvísteis de América, los que escribísteis *El lazarillo de Tormes,* los que visteis por primera vez *La dama duende,* los que esperábais en angustia perpetua el oro de los galeones de Indias, que solía caer casi siempre en manos de los ingleses... Adiós... Adiós. La augusta sombra de Don Jerónimo de Barrionuevo, el gran periodista de la época, hecha á perder, hubiera dicho menos y más sabroso:

«Día tal de Marzo de 1913.—Acabó de venir al suelo la casa de Oñate. Ojalá que pronto construyan otra en su lugar y que conozca mejores tiempos. Hágalo Dios, que puede.»

LOS TOROS DEL PROGRAMA

... Negro, retinto, jabonero, berrendo en *colorao*, negro zaíno...

Ya estáis aquí de nuevo, Romito, Sereno, Playero, Careto, Hortelano... Os saludo, sois unos viejísimos conocidos míos. Sois una docena de antiguos grabados en madera que desde tiempo inmemorial venís *figurando* en esta hoja amarilla ó roja del programa, hoja de amable ranciedad, contemporánea de los abanicos de calaña y los equipos á la calesera.

Sois los toros, los eternos toros del programa, colocados á ambos lados del popular prospecto, en dos columnas invariables, infantiles, tradicionales. Yo os quiero, yo os profeso un culto mezcla de gratitud y de admiración, Romito, Playero. Porque habéis representado, porque sois—¿quién osa negarlo?—todos los toros que se han dejado lidiar y matar para entre-

tenimiento nuestro, para solaz de estos españoles incorregibles, escándalo de Europa.

Vosotros sois los toros, y el toro, el bravo animal, escogido, cuya fiereza es la base de la más bárbara y hermosa fiesta del mundo.

Y sois toda la historia, luego, de esos admirables astados. Modestamente pintados aquí por un viejo dibujante que habrá ya muerto—y cuyo nombre debió saber Felipe Pérez ó algún otro de esos impagables curiosos de ranciedades—, hoy Careto, mañana Rosito, habéis sido autores de proezas que se han aplaudido con locura, de desgracias que han sobrecogido á multitudes entusiastas.

Representáis, vosotros solos, á la plebe y á los próceres cornúpetos. Fuisteis un día el fiero *Jaquetón*, malogrado á manos de Canales, y tan famoso en una tarde como lo fuera en aquella época de las celebridades á pares, Frascuelo y Lagartijo, Cánovas y Sagasta... *Señorito*, el veragüeño terrible, que mereció la gracia por su bravura asombrosa... *Escribano*, el del cuerno partido por la cepa, que, acometiendo con el que le quedaba, derribó á multitud de jinetes... Fuisteis el toro *Catalán* y el toro *Flor de Jara*,, que hizo un solo montón sangriento con siete caballos, arrojados unos sobre otros á certeras cornadas, sin

salirse del tercio y en medio de un chaparrón sólo comparable á la ovación delirante que recibía el ganadero.

Y también habéis sido los trágicos: *Jocinero*, que hirió definitivamente al Tato; *Gindaleto,* que hizo llevar á Frascuelo costillas de plata... Y los feroces vengadores que dieron muerte al Yusi, al Armilla, á los Pepetes... El siniestro *Perdigón,* que mató al más valiente de los matadores.

... Habéis sido el montón innúmero y las excepciones celebérrimas, verdaderos dechados de ferocidad ó de nobleza... *Playero,* un Muruve que atendía por su nombre y se venía á comer á la mano los puñados de sal que le ofrecían los vaqueros... Y realizó prodigios de bravura en la plaza de Sevilla, hasta que—perdonada su vida—fué retirado á los corrales por el propio Reverte, que le halagaba el testuz.

Negro, retinto, jabonero... Ya estáis de nuevo aquí, los toros del programa. Modestamente, buenamente, llamándoos Careto, Hortelano, Rosito ó cualquiera de esos nombres que huelen á campo y saben á romero, estampados en esta hoja roja ó amarilla, que evoca invariablemente en toda imaginación española una espléndida tarde de sol.

NUESTRO AMIGO NAVARRO

La muerte de Navarro me sorprendió cuando yo empezaba á estar seguro de todo lo que iba á ser aquel hombre.

Yo me las prometía muy felices para él, y muy largas, las horas de la vida. Veíalo sobre un enorme pedestal de libros suyos, cargado de años y de triunfos literarios. Inevitable cuando se tratara de saber algo. Y lo miraba llegar ya en paz, sin grandes odios á su alrededor, y también sin grandes cariños entorpecedores.

Lo veía aceptando con una sonrisa algo burlona las recompensas oficiales, los títulos honoríficos, las becas y canongías académicas, la cátedra especial, el sillón B, la encomienda y un renombre universal, con el dictado de *sabio,* que apuntarían entre sus clichés

los periodistas futuros, y de que él se reiría un poco. En una palabra: yo lo creía *inmortal*.

Pero he aquí que este hombre que vivió sentado—y al parecer tranquilo—se muere precipitadamente, causándonos un gran dolor y una terrible estupefacción. ¿Cómo fué? Dió un tropezón en los campos de Burgos, vino á acostarse á Madrid y se levantó en la eternidad. ¡Haced ahora cálculos para mañana! ¡Pensad que adivinábais el desenlace de la comedia! Todos sabíamos lo que iba á ser Navarro Ledesma. «No importa», dijo la Muerte. Y se lo llevó.

Nos quedamos sin el amigo, se quedaron sin el sabio. Pero una gran parte de su labor estaba hecha, y sus beneficios son la herencia que nos deja. Más que sus obras de arte puro ó de investigación, que son para pocos, fué el don de su oportunidad y de su talento, que ha aprovechado á todos. La labor periodística y crítica de Navarro fué providencial. No pudo ser él mismo—estas cosas las hace Dios—el que escogió para situarse el linde de dos épocas literarias tan opuestas como la de nuestros padres y la nuestra. Pero, los que le conocísteis, ayudadme á decir que nadie estaba tan dotado como él para representar la transición, para dulcificar la lucha y para favorecer la moderna transmutación de valores. Escéptico, entre

muchas cosas que sabía, no se dejó arrebatar del entusiasmo joven ni amedrentar ante la airada protesta de los viejos prestigios. Con disciplina harto blanda, pero que señalaba muy bien el flaco punible, fustigó á la par el esnobismo desenfrenado y las viejas rutinas orgullosas y vacías ya de sentido. Tendió una mano á lo que venía y ofreció galantemente el brazo á lo que se iba. ¿Su ecuanimidad fué sincera? Fué necesaria. En el fondo él, joven—más á lo estudiante que á lo Don Juan—, simpatizó siempre con el ambiente moderno y, hombre de su tiempo, amó las novedades y los adelantos, sin asustarse, más que por fuera, de ciertos atrevimientos.

Sus críticas del *Gedeón*, en broma; sus artículos de *El Imparcial*, y cuentos escritos en castellano bueno con espíritu universal y revolucionario poco castizo, retratan mejor que yo pueda el alma compleja y amable de Navarro Ledesma. Las firmas que han ilustrado el *Blanco y Negro* durante su dirección prueban el ten con ten, que fué su misión, en el paso de *aquello* á *esto* en literatura. Martínez Ruiz figura al lado de Bremón, Gómez Carrillo con Mellado, y yo junto á Ferrari ó Grilo.

***

Otros os hablarán de los libros de Navarro. El último está aún en las manos de todos y en el aire sus alabanzas. No os inflingiré yo tampoco la historia de sus discursos y de su activa labor de catedrático y de ateneísta. Con decir lo que fué para mí rindo el más sincero tributo á su memoria.

En la literatura española—bien pobre hoy—se le echará de menos... En el corazón de sus amigos deja un recuerdo serio y cariñoso.

LEYENDO

Estoy leyendo á D'Annunzio en un camerino tibio, donde me he procurado una luz bastante pálida: claridad sin brillo. Del libro se desprende un aroma evocador de jardines casi marchitos, y la imaginación se recoge como para una plegaria que no se dice.

El libro me habla *sotto voce* de un pasado no muy lejano. Y es más fuerte el aroma, siempre delicado. Surge un parque en la tarde. La tierra está muy blanca; entre los arrayanes obscuros hay un secreto, una misteriosa incubación de sombras. Es el trabajo del jardín. Es el silencio de la noche que nace. ¡Morir un poco!... Vago deseo de algo que no está aquí. Dulce tormento de las almas sensitivas. Meditación que empieza sobre algo, y no sabemos dónde termina. Momento en que el ánimo se ha ido para volver, sin deciros de dónde viene... Una cara muy blanca y

unos ojos muy tristes que miran sin ver. Tristeza de todo y de nada. Hora del alma. Ha sonado una nota lamentosa demasiado meliflua. Vuelvo á recogerme á una tristeza positiva, á un recuerdo determinado. Pero no lo consigo; ahora mi corazón está vacío. No siento nada, y, sin embargo, una ternura y una amargura infinitas me invaden, me envuelven... Pero como si no fueran mías, como si estuvieran en el aire del jardín, en el aroma de este libro tranquilo y melancólico.



Ahora no es la flauta meliflua, sino el cuerno de caza agrio y melodiosamente salvaje. La tierra polvorienta, cálida, recién abandonada por el sol que traspone la loma... La cigarra calla, y los bosques empiezan á despertar y el agua á escucharse. El paisaje ha cambiado. El campo desnudo, grande, verde y rojo. Es la tierra con sus viejos valles, sus llanuras, sus montañas admirables; el campo, el campo de cosecha y de batalla que jardinea Dios, riega el cielo, alumbran las estrellas y barre el huracán. La solana y la umbría, una blanca, harta de luz, sedienta; la otra,

húmeda, negra, misteriosa; pero grandes, incultas, tendidas hacia el sol y la providencia.

Estoy leyendo á saltos, brillantes páginas de Hugo el noble, el fuerte. Su verso magnífico me da calor como el sol, y su ternura viene á refrescarme como aura de la noche...

No puedo, no puedo, mi alma inquieta de los secretillos viejos y de misterios no muy pavorosos, amables penumbras busca.

VIAJANDO

Lo que hay de alma mora en esta Granada inquietante y fantástica está en las cosas que no hablan ni viven, pero que parecen deciros: Ven al seno de lo inefable, de lo prometido. Son como el sueño de algo que murió joven, y melancoliza para siempre estos parajes con su sombra de voluptuosidad no apurada. Es una poesía de reproche, desconsolada, amarguísima. De día está en el resol de las torres bermejas, en los crepúsculos de la Alhambra, en el agua del Generalife que guardan cipreses y arrayanes. De noche, en los claros de luna que riegan el Albaicín. Y siempre, en los ojos de las granadinas, llenos de ansias y de promesas, en los ojos de estas virgencitas tristes que serían amantes perversas.

Decididamente, los últimos árabes dejaron á esto la maldición de los deseos incumplidos, la inquietud

de las voluptuosidades no agotadas. La pena de sus suspiros reprochadores.

Yo comprendo muy bien á un amigo mío poeta y granadino, que, visitando conmigo la Alhambra, se metió en un rincón de la sala de Abencerrajes y se echó á llorar, á llorar, á llorar sin saber por qué.

TRIUNFO DE SOL

Todo se ve. Hasta el vello que cubre la corteza de los árboles. Las hojas transparentan su tejido.

La línea lejana del horizonte arde en un vapor de polvo. Las montañas se recortan negras sobre el cielo y el verde de la explanada está inundado de luz. El río—oro y plata—como una serpiente de metal, va lento bajo el sol implacable. No hay vaguedades ni misterios, se ve todo; y las sombras son recortadas y negrísimas y del mismo tamaño de los objetos, como incrustaciones ó maqueados. El paisaje parece elevado á un éxtasis que dura horas enteras. La luz es brutal, indiscreta. Las plantas flacidecen al beso cínico del sol; por las cortezas de los árboles rueda la resina brillante como una lágrima por la mejilla arrugada de un viejo endurecido...

Es la tristeza infinita... La poesía no ha venido aún.

HORAS DE ORO

Acababa la siesta. La siesta roja del verano andaluz. Y yo había despertado también al primer hálito de brisa de la tarde; despertado..., ¿y para qué? Jamás un estado más perfecto de indolencia. Ni ocupación ni preocupaciones; deseos ausentes, la vida en suspenso, moral y material; ni sed ni curiosidad... Y, por colmo, la imposibilidad de volverme á dormir. Nunca me ha parecido más necesario lo imprevisto, si se ha de seguir viviendo; nunca esperé á la ola de la casualidad más tranquilo ni más inerte. ¡Oh, no hallaría la menor resistencia!... ¿Pero vendrá? Los minutos son eternos. Si cierro los ojos veo una red dorada rojiza. La luz traspasa mis párpados. Y el sueño parece haber huído para siempre.

Entretanto, como si un velo vaguísimo se le cayera lentamente, el sol va deslumbrando menos, la atmósfera gana en diafanidad y pierde en calor, la línea de

fuego que ribeteaba las cosas en *plein air* parece enfriarse, platear, luego palidecer, irse. Y el blanco en las blancas fachadas de las casas aparece más inofensivo, más puro y amable, sin refracciones agresivas. Se queda mate y tranquilo sobre el fondo celeste.

Ha empezado la tarde y estamos en el momento antes de la melancolía vulgarizada por los poetas, amada de las románticas y propicia al amor platónico.

No sé qué hallo de repulsivo en reconciliar el sueño, y puesto que lo imprevisto no viene á mí, iré yo en su busca, sin saber mucho con qué objeto ni por qué camino.

Pero qué esfuerzo enorme se me antoja el levantarme; con qué supersticiosa inquietud abro las maderas de mi balcón para que entre la luz; los cristales, para que pase el aire. Y hablar... imposible; me parece que voy á romper una armonía mágica y que la casa, el pueblo, la Naturaleza entera se derrumbará como los palacios encantados al pronunciar el conjuro.

Sin embargo, los ruidos que muevo, sin querer, entre los chismes de mi *toilette*, el agua que cae en el lavabo, y, sobre todo, un pregón de flores que oigo en la calle, me van devolviendo fuerzas de realidad, pequeños hechos que me van sacando del nirvana

de mi siesta, enormes catástrofes para mi alma que aún se atardaba en las regiones del sueño, ó de... en fin, de esas regiones que no sabemos.

De pronto, la caída de una porcelana por mis manos torpes sobre el mármol del tocador, un frasco de colonia que se derrama por la mesa, me exasperan y me despiertan por completo, brutalmente. Un ansia de vida y de ruido. Quiero ver, moverme, hablar.

Empiezo á querer... Timbres... Mi correspondencia... El ruido de un coche... ¿Qué tenía que hacer hoy...? ¡Ah, sí! El primer criado que llega me encuentra tarareando un trozo de opereta. Algo que había en mi cuarto se va por fin. El reloj da las seis. Sé que he soñado, pero no recuerdo qué ha sido. ¿Por qué tengo un miedo terrible de encontrarme á *ella*, hoy más que otro día?...

EL PÚBLICO

El pueblo es una cosa respetable. El vulgo es una cosa detestable. El público es una cosa lamentable.

Al público se le encierra, se le encajona, se le ordena, se le acarrea, se le señala la entrada y la salida, se le marca la hora. Y, sobre todo, se le cobra.

Un general tiene soldados, un artista tiene admiradores ó críticos, un político tiene secuaces, una cocotte tiene amigos. Un empresario tiene público.

Con el público se cuenta siempre, porque todos, quien más quien menos, hemos sido público alguna vez.

Se trata de serlo las menos posibles. Para ello basta con enterarse bien de las cosas, pensar por nuestra cuenta, sustituir el sentido común por un sentido propio, penetrarse de la necesidad de ejercer nuestras actividades morales y mentales. Y en vez de contentarse con ver, cultivarse y trabajar.

UN SABIO

Este hombre que sabe las cosas del campo me admira. Y, sin duda, yo le parezco á él un completo necio, pues de asunto tan importante estoy del todo en ayunas y apenas distingo una encina de un olivo. Y, en verdad, á cambio de sus conocimientos positivos y tan útiles para la vida y aun para el recreo de la humanidad, ¿qué podría yo enseñarle? ¿Filosofía? La mía es de inquietud y de obscuridad. ¿Literatura? La mejor no vale el natural. Y, además, ahí tiene los grandes artistas pasados, y no le sobra tiempo para leerlos. ¿Política? Si él es el rey en sus tierras. ¿A qué otro partido podrá pertenecer? ¿Historia? ¿De cómo se han ido fastidiando y cayendo los hombres, las familias, los pueblos? ¿Esa gran carnicería humana? ¿Lenguas?... Además, yo no sé nada bien sabido. (Y Só-

crates mismo no supo más.) A éste no le inquieta el ir aprendiendo cosas que al fin y al cabo no llegan á saberse bien. Además, hartas inquietudes le da el mirar al cielo cuando se levanta ó se acuesta.

ANTIGUO Y MODERNO

Decididamente, lo clásico tiene más *dignidad* que lo moderno. Es menos expresivo... y más completo. Parece obra de los dioses, en el sentido de que adopta una forma definitiva, bajo la cual está guardada la máquina con toda su relojería interesante y fea.

Actualmente—y de mucho á esta parte—, desde que nos atormenta cierto secreto, parece que tratamos de destripar las cosas—como los niños su juguete—para verles las entrañas. Y el arte es amargo y á veces vergonzoso, aunque sea más complejo, más matizado é inquietante.

A lo clásico puede ó no encontrársele lo esotérico, lo transcendental, entender ó no su alcance, pero se lo mira como un hecho fatal, innegable y *perfecto*. Es algo que satisface y no da lugar á preguntar ni á dudar.

Pero estos mismos caracteres separan lo clásico

verdad de todos los neo-clasicismos (el Renacimiento inclusive). Y mucho más de las pobrísimas y anacrónicas imitaciones modernas.

Las mismas lenguas clásicas (la lengua es, aun después de muerta, el monumento más vivo que queda de un pueblo, de una raza) dan la medida de lo que era el arte en aquellos tiempos. Mejor aún. El hecho de haber muerto aquellas lenguas es la más fatal condenación de estas torpes imitaciones.

Y aún es más torpe y más absurdamente inútil querer detener ó fijar el arte en ningún momento, ni recomendar modelos del pasado.

HAMLET

Si pensáramos las cosas durante veinticuatro horas es muy cierto que no haríamos nada en el día.

Es una perogrullada... que explica á Hamlet y á todos los hombres en quienes la inteligencia y la reflexión predominan sobre los impulsos fatales é inconscientes.

Cuando pienso en los hechos de mi vida me siento incapaz de repetir ninguno de ellos y me asusta reconocer que los más decisivos é importantes, y los que tal vez me han dado más gusto ó más provecho, han sido hijos de un momento de irreflexión y de atrevimiento inaudito. Verdaderas locuras.

EL CIEGO AZAR

Leyendo la historia del pasado; observando los dramas del presente, ¿puede dudarse de que la fatalidad lo mueve todo?

—

Sobre esto de la fatalidad hay mucho que decir, Unos la suponen caprichosa, disparatada, arbitraria Otros le atribuyen un sistema y un camino conocidos. (¿Por qué medios?)

Lo que hay es que, no pudiendo ver los dos platillos de la balanza, es necio querer ajustar el peso.

—

Claro está que es absurdo suponer que porque se ha derramado la sal en la mesa va á ocurrirnos una desgracia. ¿Es claro?...

Ahora bien, que la sal se derrame ó no, la desgracia puede acontecernos.

Yo no tengo las supersticiones del vulgo, pero adolezco de las mías propias y personales, que son seguramente hijas de una inteligencia pobre ó de un espíritu endeble.

Pero no jurara yo que no puedan ser avisos, efluvios, subconsciencias, ó como digáis, de ese infinito desconocido que nos rodea y nos envuelve á nosotros y á lo poquísimo que creemos conocer.

Aunque, en general, las superticiones *consagradas* me parecen ridículas, soy enemigo por temperamento de sentar absolutas.

Y me parece una fórmula muy para los tiempos en que vivimos aquella de que todo puede ser.

Por mi parte yo creo en todo. Y en algo más.

—

El ciego azar no es sino el resultado perfectamente lógico de fuerzas y de causas que no podemos ó no sabemos ver. Con que el ciego no es él.

LECCIÓN DE COSAS

«He aquí que dos profesores búlgaros salen de su país y caminan por tierras que ellos juzgan hermanas, en busca de auxilio. ¡Pobres sabios, caballeros andantes de una patria que es malaventurada. ¡Dicen que Miletich es filólogo y Georgof filósofo; uno y otro creen sin duda en el sentido de las bellas palabras y en la realidad de los nobles sentimientos. Pero Europa es vieja y se ha olvidado ya de muchas cosas; de los sentimientos conserva las palabras, y de las palabras el sonido; gusta de rimar versos á la misericordia y sabe escribir prosas que hablan de la justicia, pero tiene el corazón duro y la inteligencia llena de niebla; es vieja, ¿para qué le pedís entusiasmos? Harto hace con obstinarse en vivir y con mirar su historia—rostro arrugado y amarillo—en el espejo de sus recuerdos. Sabios peregrinos, volved á vuestra tierra

y no contéis la historia de vuestra peregrinación, que á los que saben cómo se sufre, parecerles ha extraño que haya quien olvidó cómo se compadece.»

Diez años justos hace que en la revista *Helios* se publicaron las anteriores líneas, que me parecen destiladas de la dulce pluma de Gregorio Martínez Sierra, aunque no llevan firma y éramos muchos los que escribíamos el *Glosario*...

«Pobres sabios que creen en el sentido de las bellas palabras y en la realidad de los nobles sentimientos...»

Hoy Bulgaria, gracias á esos *pobres sabios* y á otros muchos que se han cultivado en las mismas creencias, ha dado á la vieja Europa una gallardísima lección y desmentido al dulce profeta de Helios.

Y es que los pueblos, para vencer y para ser fuertes, necesitan primero de la fe en los ideales. Y, después, de la ciencia y el arte, que los hacen mejores y más valientes en el sentido de valer más.

Sí, amigos míos, hay que ser filólogos, filósofos, poetas, cientistas, cultos y sabios si es posible.

Un gran escritor, numeroso, fuerte, brillante, recomendaba la acción á los intelectuales, y principalmente á los poetas españoles, en estas mismas columnas... Pero la acción, para un poeta, es escribir ver-

sos buenos; para un intelectual, pensar sin prejuicios y decirlo sin miedo; para un maestro, saber y enseñar. No hay que confundir la acción con la charlatanería y la marcha de Cádiz. A los pueblos los pierde la ignorancia, la poesía mala y la música ratonera. No hay que olvidar que son los ideales y el cabal conocimiento de la alta misión quienes engrandecen á las naciones. El arte quien las inspira. La ciencia quien inventa cañones y aeroplanos y gana las grandes batallas.

Sí, hay que ser filólogos y filósofos como esos pobres sabios búlgaros, «que creen en el sentido de las bellas palabras y en la realidad de los sentimientos nobles».

CURIOSIDADES...

Hay una porción de cosas contra las cuales se declama á diario y yo no sé por qué. Una de ellas es el suicidio. Algunos hombres intelectuales han considerado el suicidio como una enfermedad, y ni aplauden ni censuran al que *se muere* de su propia mano. El Werther de Goethe es quizás la más hermosa página escrita con este espíritu. Llega un momento en que no se puede respirar, moral ó materialmente, y se muere uno. Bien. Esta teoría parece la más cierta y lógica, pero no me gusta. Hace del suicidio un hecho fatal, involuntario, casi ó del todo involuntario, y á mí me agrada ahora pensar, no tristemente, sino con cierto regocijo en la libertad de suprimirse uno á sí mismo en uso de su perfecta voluntad. Libertad que, bien mirado, me parece la única verdadera de que gozamos los humanos.

Dime Horacio lo que opinas tú de esto, y no temas por mí todavía.

Por cuantos lados examino la cuestión encuentro el acto de terminar *motu proprio* una cosa rara y loable.

A los que me dicen que aquí no se termina, que hay otra vida, que si el espíritu, etc., etc., quisiera yo creerlos y no vacilaría un momento en ir á buscar ese más allá por medio de la muerte.

Siento cuando me hablan de eso una curiosidad irresistible, y me pregunto asombrado como á todo el mundo no le ocurre lo propio y abrevia el paso por este mundo, si es que realmente existe otro ú otros.

Claro que á los que no tienen idealidades ni conciben más que lo que ven, y aún de lo que ven no se enteran, les conviene seguir por acá, y no les digo nada. Pero no debían meterse con los que se van, pintando con negros colores un acto de valor, siempre simpático. Duro es abrir la puerta de lo desconocido, y comprendo la duda, pero ¿por qué se ha de vituperar á los que se arriesgan?

¿No has sentido tú nunca nostalgia de cosas que no están aquí? Eso parece asegurar la existencia de una continuación más allá de nuestra vida. Y, hablo en serio, ¿no vale la pena de lanzarse en busca de

todo eso? Sobre todo, no creo que haya cosa que nos importe más que ese problema, ni otro medio de abordarlo que el *pasar* lo más pronto posible al otro lado.

¿No hay nada más allá? Pues no me da la gana de seguir con esto que hay, ni de aguantarme hasta que venga por mí una fiebre maligna. Hay una fuerza poderosa que me ha de tener vivo sin darme explicaciones hasta que ella quiera. Pues, ya que no puedo arrancarle su secreto, no me someteré á su imperio. Mientras no sepa *por qué*, no quiero ser, existir, vivir, como los demás. Este razonamiento es digno de un hombre que se estima, y, lejos de acusar debilidad, es de una soberbia muy simpática.

Nota que sólo te hablo del poder de esa gran curiosidad á que me refería. Excuso decirte si aplaudiré á los que cambian ó terminan, porque la vida los trata mal, además. Cuán legítima es su huída en busca de algo mejor ó del fin de todo.

Vuelvo á suplicarte que me escribas tu opinión sobre el particular, con entera franqueza, y en cuanto á mí, puedes estar tranquilo. Es casi seguro que mañana pensaré de otro modo; no he logrado nunca convertir mis ideas en opiniones.

LA ESPAÑA QUE SE VA

La España que se va tiene aún supervivencias típicas y características, que, si escapan al buril de un escritor curioso, desaparecerán bien pronto para siempre, sin dejar documento alguno para nuestra historia.

Hubo á fines del pasado siglo, y aún vive vergonzante en los albores del presente, un tipo que simbolizaba á esa España de ayer (y ya tan pasada, que *ayer es nunca jamás,* como dijo el poeta). Ese tipo es Don Tancredo, cuya vida y cuya filosofía se reduce á esperar las mil pesetas ó la muerte á pie quieto, sin moverse ni hacer nada absolutamente.

Otra de las instituciones que desaparecen á pasos agigantados es el café cantante, encanto de los troneras de hace cuarenta años, refugio y vivero del fla-

menquismo, prostitución de la sana alegría popular y de la poesía y de la música de Andalucía. Y antes de que se vaya definitivamente, quisiera yo dejar bosquejado el cuadro, ya casi anacrónico y goyesco, en que se movían nuestros últimos pícaros. Pocos días más, y ya no podríamos tomarlos del natural. Acépteseme, pues, el pretérito imperfecto para hablar de ellos, y comience el desfile.

GIRÓN

No puede decirse que Girón fuese del todo malo, aunque para no decirlo haya que tener la manga sobrado ancha sobre las condiciones morales de un pobre diablo de esta especie, ó bien haber conocido otros mucho peores, en profesiones harto más graves, serias y estimadas.

Profesión... Tampoco puede decirse que Girón tuviese una bien clara y determinada. El era sin duda un golfo con relación al Presidente del Tribunal Supremo. Comparado con Garibaldi, Girón era un perfecto burgués.

Cuando el Duque de Montpensier (perdón por nombrar tan altos personajes con tan fútil motivo) obsequió con una fiesta flamenca en su palacio de San

Telmo de Sevilla, á cierto príncipe extranjero como él, después de gratificar espléndidamente á todos los artistas, fué preguntando á unos y otros cuál era su especialidad y el papel que habían desempeñado en la típica zambra.

—Cantaora.

—Tocaor.

—Bailaora de flamenco.

—Bolera.

Y como el prócer, amable y sencillo, se dignase hacer la misma pregunta á un mozo de colosales persianas y flamante chaquetilla, éste le contestó á su vez:

—Yo, jaleaor.

—Y eso ¿qué es?—preguntó Montpensier.

—Pues... jaleaor. El que mete bulla y toca las parmas y jase son con los tacones. Y viendo que el gran señor no se enteraba ó no quería enterarse de su explicación, añadió mosqueado:

—Vaya, que yo soy el que dice: bien... ¡Silleta!

Esta vez el Duque se dió por satisfecho.

Como Girón no sabía cantar, tocar ni bailar lo suficiente para llamarse hijo de una de las tres Musas, hubo de resignarse á ser el que dise «bien»; pero eso sí, en uno de los tablados más brillantes de todo el leino flamenco.

Ni paraban aquí sus actividades. Girón era por extremo servicial, útil y oficioso. Evacuaba á las mil maravillas los recados y mandamientos de los parroquianos, y lo mismo iba por unos fiambres á la Viña P ó casa Morán, que avisaba á la Menganita y á la Fulanita para que viniesen á beber una botella de Agustín con unos amiguitos, que hacía las delicias de una uerga con sus dicharacho y ocurrencias.

No aseguraremos que al llegar los langostinos y demás frioleras á la mesa del café no trajeran un sobreprecio verdaderamente extraordinario, ni que el amable mediador no fuera á *pacha* con las *niñas*, como él decía, cuando desempeñaba cierta clase de comisiones. Pero todo ello estaba descontado, y sabido es que la gente de trueno no repara en unas pesetillas arriba ó abajo.

Lo cierto es que Girón servía para todo, si bien de todo sacaba algún partido.

Olvidábamos mencionar otra calidad de este hombre-estuche, tan rara como útil y necesaria en el medio en que vivía, y por la cual habíale cobrado el amo del Café la mayor estima. Girón era valiente.

Sin que le hayamos visto realizar ningún acto heroico, hemos oído referir de él cosas extraordinarias, que le hacían mirar con cierto respeto por propios y

extraños... á menos de *pasar á no creerlas,* como decía con mucha gracia la *Mojicona,* su compañera de -ablado.

Esta fama le había acarreado también algunos disgustos, de los que parece había salido, sin embargo, brillantemente.

Decíase que contando en cierta ocasión él mismo sus hazañas, un mozalbete achulado que las escuchaba por enésima vez, se había adelantado á terminar el cuento, añadiendo:

—Y eso pasó entre Córdoba y Semana Santa.

Las risotadas del concurso habían indignado al jateador, y agriándose la cuestión, el mocito había sacado á relucir uaa enorme navaja de siete muelles. Sin darle tiempo á usarla, Girón le había cogido por el cogote y lo había echado á la calle á puntapiés, diciéndole, mientras le quitaba el arma y se la guardaba en el bolsillo.

—Tray p'acá esa navaja, so mamarracho, que eso no lo gastan más que los hombres.

Y había acabado luego de contar su historia, sin que nadie se atreviera á interrumpirle.

Con todo se habrá conocido que este Girón no deja de ser un personaje secundario en el cuadro que estamos describiendo. Le hemos presentado primera-

mente porque su puesto en el tablado es el primero de la izquierda, es decir, el último en categoría.

LA MOJICONA

Los pómulos muy salientes, para enterrar más unos ojos hundidos, donde parece arder aún cierto fuego como en los fósforos mal apagados. Liso el pelo negro y partido á ambos lados de la cara, recogido sencillamente por detrás, tapando la nuca. La tez matada y recargada de esos malditos polvos rosà. La boca, grande y sensual, con dientes irregulares y nada limpios, pero de labios verdaderamente rojos. Y el resto de la persona envuelto en una larga bata blanca de crujiente percal. He aquí á *La Mojicona*, ex bolera y actual bailadora de flamenco.

Esta rata cana de café cantante estaba, como dice la copla, *jartita é roá*. Había empezado como tantas otras á la edad de ocho ó nueve años, moviendo la barriguita ante el publicote del café en uno de esos lamentables tangos de juguete en que la inocencia de la niñez contrasta con la indecencia de los movimientos.

Luego, á los quince, á la edad de la esbeltez y la ligereza, había bailado las seis coplas de sevillanas

incansable y frenética, ilustrando los finales con verdaderas proezas acrobáticas.

Más tarde, el bolero, el olé, el vito, le habían dado fama de bolera clásica.

De vuelta ya, algo machucha y menos ágil, había tornado al más tranquilo, sabio y sugestivo baile flamenco (tango, fandango, zapateado), en cuya más lamentable decadencia se hallaba ahora, frisando en los cincuenta y en la perspectiva de ir á acompañar á Girón en lo de decir *bien y jaser son* con todas las extremidades.

Durante la parábola de su vida cantante había conocido toda clase de gentes, alternando en infinitas juergas y bebido un número asombroso de chatos de vino.

A pesar de lo cual, la edad de la sabiduría coincidía en ella con la de la misería.

Lo esenciá—decía una noche á sus compañeras, mientras simulaba beber y devolvía intactas las copas que, por hacer gasto, aceptaba de los parroquianos—, lo esenciá, hija, es, en esta vida, saber nadar y guardar la ropa.

Y ella al principio no había sabido nadar; luego no supo guardar la ropa, y ahora que hubiera sabido lo uno y lo otro, no tenía ropa que guardar.

Ahora todo su prurito estaba en conservar el más tiempo posible las miserables cinco pesetas que el déspota *Momon,* dueño del café, le abonaba diariamente, no sin echarle en cara su antigüedad y decadencia.

Esto no era justo ni mucho menos. Nadie sabía como ella animar una juerga, ni meter el palo en candela para que los parroquianos se dejasen la luz, ni estaba más al quite de los borrachos *pesaos* y *tenlones,* ni se arrancaba con más gracia por fandanguillos en medio de una disputa, para evitar una *esaborisión.*

Aunque en el tablado se limitaba á cumplir con su par de tangos descoloridos, bailados como el que no quiere la cosa, y unos cuantos olés automáticos acompañados de palmadas huecas, en todo lo demás servía á maravilla los intereses del amo, y, sobre todo, tenía siempre en la boca estas dos palabras: «Otra botella».

—

He aquí dos tipos de actualidad hace veinte años, y que arrastran ya una miserable vida de alma en pena.

Sea ésta la última vez que se hable de ellos, y que un olvido piadoso separe para siempre nuestros ojos de la España que se va.

ÍNDICE

SE ACABÓ
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EL DÍA XXIV DE NOVIEMBRE DE MCMXIII
EN LA IMPRENTA HISPANO-ALEMANA,
GONZALO DE CÓRDOVA, 22.
MADRID

IMP. HISPANO-ALEMANA. - GONZALO DE CÓRDOVA, 22 - MADRID

